

NOVIEMBRE Y UN POCO DE YERBA

de ANTONIO GALA

ESCENARIO SEGÚN ANTONIO GALA: Está dividido transversalmente. La parte superior es una desvencijada cantina en un apeadero de ferrocarril. Una puerta, una ventana. Alguna vieja estantería, prácticamente vacía. Un mostradorcillo. Un par de sillas de anea. La parte interior no tiene otra comunicación con el exterior que una trampilla que se abre hacia arriba. Debe producir una sensación asfixiante de local enterrado. Una mesa, unos cajones, una cocinilla, unos cacharros. En el ángulo del fondo derecha, una cortina oculta a medias una yacija, donde duerme o se retira la MADRE. A la izquierda, otra cortina desgarrada o un pobre biombo separa la cama de DIEGO y PAULA. La trampilla lleva adherida una débil escalera, arreglada mil veces, que permite subir por ella cuando se abre.

PRIMERA PARTE

PAULA.- *(Entra a la derecha y deja sobre el mostrador la gran bolsa que trae en la mano.)* Ay, qué sofocación. Ay, qué sofocación. Ay, qué sofocación.

TOMÁS.- *(Sentado, doblando el periódico que leía.)* Te he estado esperando desde las seis en punto.

PAULA.- Haberte ido, que nadie te lo mandó. ¡Ni que yo fuera una cosaria! Vengo como una burra y encima con prisas... *(Sacando algunas cosas de la bolsa)* Tu coñá. Y tu esparadrapo, que en la boca te lo debías pegar. Once duros. *(Tomás va a coger la botella y el envoltorio.)* ¡Once duros! Y eso sin portes. ¡Qué solanera! *(Tomás le da el dinero.)* Señor, qué bravo se nos va a poner abril....

TOMÁS.- Este coñá....

PAULA.- ¿Qué le pasa a ese coñá? No había de otro. Haber ido tú.

TOMÁS.- ¿Y quién le echaba las barreras al rápido?

PAULA. ¡Aj! con las barreras. Te crees que eres el ombligo del mundo... Como si algún tren necesitase para pasar que tú le echaras las barreras. *(Coloca algo en una estantería)*

TOMÁS.- Y los automovilistas, ¿qué?

PAULA.- ¿Tu has visto pasar en tu vida algún coche por estos caminos de cabras? Anda, cállate y vete.

VOZ DE LA MADRE.- *(Oculta detrás de la cortina, en la izquierda.)* ¡Dionisio!

TOMÁS.- Toda la tarde ha estado así.

PAULA.- Pues bien entretenida que la dejé con su caja de cintas. *(Hacia la izquierda.)* ¡Ya voy, madre!

TOMÁS.- ¿A quién llama?

PAULA.- A mí.

TOMÁS.- ¿Y por qué te llama Dionisio?

PAULA.- Porque le da la gana. Para eso es mi madre. *(Sigue limpiando algo.)*

TOMÁS. ¡Paula! *(Pausa.)* ¡Paula!

PAULA.- *(Se vuelve, casi asustando a Tomás.)* Harta estoy. Me vais a gastar el nombre, además de la vida. Todo el día lo mismo: azacaneando. Paula, Paula, ¿Queeee?

TOMÁS.- Dame una copita para el coñá, mujer.

PAULA.- Una M como el sombrero de un picador: eso es lo que te voy a dar. Hasta más arriba del moño me tenéis entre todos. Los de aquí y los de abajo. Mañana y noche, como una pava, del caño al coro: sirviendo a uno, consolando a otro... *(Da un grito.)*

TOMÁS.- Anda, que cuando te disparas...

PAULA.- Ya os daría yo a todos buen disparo, guerreros. Que sois todos iguales: los maridos, los padres, los hijos y los guardabarreras.

TOMÁS.- ¡Qué sabrás tú de hombres!

PAULA.- Si tú fueras el único, antes muerta. Con ese bote de pimienta morrón encima de la chota.

TOMÁS.- ¡Qué falta de respeto al uniforme!

PAULA.- ¡Huy!, al uniforme. Como si a mí me da por vestirme de buzo. ¿Es que tú eres jefe de estación ni muchísimo menos? ¿Es que esto es una estación? Un guardabarreras, hijo, un papandujo. ¡Pero qué manías de grandeza! Y cuanto más viejo, más pellejo. Tú vas de negro porque te sale del nispero. A mí me la vas a dar... Eso a los tordos, a las lagartijas, que es lo que hay por aquí... ¡Uniforme!

TOMÁS.- En la guerra me hice a él, ¿qué quieres?. No me peta andar de paisano. Se está más seguro así, menos solo. Uno se mira al espejo y se dice: «Con esta misma piel hay muchos más», y se descansa. Como yo fui sargento en otros tiempos...

PAULA.- Conque sargento, ¿eh? ¿Cuándo te han ascendido? Enséñame el nombramiento, hombre. Porque hasta ayer decías que eras cabo. Y cuando llegaste hace veintiséis años eras un soldado más raso que una noche de agosto. Lo que la gente inventa, madre...

TOMÁS.- Bueno, ¿y qué? ¿Molesto yo a alguien?

PAULA.- Por mí, como si quieres llegar a general, ya ves tú... Que llegarás...

TOMÁS.- Y si no era sargento, ¿de dónde saqué yo estos galones?

PAULA.- Eso sí que no, Tomás, ¿eh? Tú presume, pero no me tomes por moscatela. Que esos galones te los traje yo del pueblo. Y el traje negro se lo compraste a Concha, la del concejal que murió en acto de servicio. Según dijo ella, claro. Todo el mundo sabe que se desnucó porque le dio un vahído cuando estaba cogiendo ciruelas. En mi vida he visto un pueblo con más víctimas de la guerra. Como la hermana de la Gertrudis: que la mataron los rojos, dice. Sí, los rojos... Y se murió de un aborto, la sinvergüenza.

TOMÁS.- Pero el que la embarazó era rojo.

PAULA.- A saber. ¡Hubo en eso tanta competencia! El mejor día me va a dar a mí por decir que soy un «caballero mutilado».

TOMÁS.- Más miramiento es lo que te debería dar.

PAULA.- ¿A qué? ¿A la guerra? Ella se lo llevó todo. ¡La guerra! ¡Turmix, salamanquesa! (*Mirando alrededor.*) Con lo que esto era... ¡Qué estación, Señor, qué preciosidad! Con sus tiestos, sus paredes bien enjalbegadas, su yerbabuena. Y un entrar y salir... Y un personal tan fino: «Por favor, un café; por favor, un mostachón de aquéllos; por favor, esta pieza, esta pieza y esa pieza». Y los estantes repletos de género... ¡Qué alegría, Señor! Tenía yo dieciocho años. Sin cumplir. Dieciocho maravillas, que se dice muy pronto. Y una mata de albahaca en semejante sitio (*Se toca la cabeza.*) Me ponía en el andén y paraba los expresos que no tenían que parar. (*Se ha sentado.*) Ahí detrás plantamos mi madre y yo la huerta. Con la fresca, en verano, día sí, día no, nos hacíamos cada piriñaca... No he vuelto yo a probar ninguna piriñaca con más pimiento, con más tomate, con más pepino, con más aceite, con más vinagre, con más de todo (*Se levanta.*) Y de repente, el bombardeo. No se quedó de pie ni una lechuga. Me acuerdo que había ido al río con la ropa y me dio por lavarme la cabeza. Hice espuma en un cubo y la movía y la movía. Me puse a cantar y a mover la espuma. La primera bomba a poco me cae dentro del cubo. ¡Al principio puntería, Señor! Al principio creí que era una locomotora. «Qué raro, me dije, qué pronto pasa hoy el rápido: viene casi a su hora» Sí, sí... el rápido. Cuarenta y tantas bombas. Menuda piriñaca. Y yo, venga a correr, con el jabón dentro de los ojos, que me estuvieron escociendo cerca de un mes. Cuando los pude abrir, nada: no había quedado nada. Desde la loma vi mi casa: era un montón de escombros, un poco de humo y una loca sentada encima.

VOZ DE LA MADRE.- ¡Dionisio!

PAULA.- Ahí la tienes: como una chota. A fuerza de bombazos, loca perdida. No ha vuelto en sí ya más. La guerra... Y cuando se acabó hicieron otra estación al lado del pueblo: lo natural. Me ofrecieron la cantina, sí, señor, pero esto era lo mío: mi polvo, mis escombros, los hierros de mi cama hechos un churro... Me quedé de guardabarreras hasta que tú viniste con tu enchufe y tu pasión por los gorros coloraos. Por eso te digo que a mí la guerra... Gente del pueblo, todas las tardes. Y don Rufino, el párroco, que daba su paseíto con un libro sin abrir en el sobaco, se tomaba su vino de balde y se volvía. Y los bailes debajo del emparrado en cuanto llegaba marzo. Y las mujeres, a que mi madre les echase las cartas. Era mucha vida aquélla... Ya ves tú ahora qué cartas...

TOMÁS.- Yo te traía una. (*Se la da.*)

PAULA.- ¿De quién?

TOMÁS.- Luego la lees.

PAULA.- Ya. Tararí que te vi. (*Va en busca de una copa.*)

TOMÁS.- (*Volviendo al tema.*) La guerra es cosa de hombres, ya se sabe.

PAULA.- La guerra es cosa de animales. Hablando se entiende la gente, no pegando bombazos sin ton ni son.

TOMÁS.- Pero, aquí, ¿quién bombardeó? ¿Nosotros o los otros?

PAULA.- Unos que pasaban volando, ¡yo qué sé! Yo me estaba lavando la cabeza. Y cantando. Lo único que yo sé es que las tomateras eran mías. Y que la estación era de todo el mundo. Y que ardieron los trigos. ¿Quieres decirme tú quién es nadie para poner fuego a los trigos?. (*Poniéndola encima de la mesa de golpe.*) Tu copa.

TOMÁS.- Ponte tú otra.

PAULA.- ¿De verdad? (*Va por ella.*) Falta me hace, que una no tiene ya cuarenta años.

TOMÁS.- Veinte representas tener.

PAULA.- Y los tengo, pero repetidos.

TOMÁS.- Como cuando te conocí: más derecha que un huso, que daba gloria verte. Cuántas mozas quisieran tener esa carne tan prieta.

PAULA.- Anda, oliscón, aparta. Mozas, no sé. Pero un guardabarreras sí sé yo que quisiera tener esta carne. (*Tomás suspira.*) ¡Más vale que respetaras la memoria de tu Carmen, pato viudo!. No hace ni un año que arrugó el hocico y ya estás, como un perro, detrás de las faldas. Todos los hombres son unos lujuriosos mientras no se demuestre lo contrario. Y los cojos, aunque se demuestre.

TOMÁS.- Otra copita, mala lengua, que hoy se cumplen veintiocho años. (*Sirve.*)

PAULA.- ¿De qué?

TOMÁS.- De mi cojera.

PAULA.- (*Con otro tono.*) ¡Ay!, Tomás, es verdad. Siempre se me olvida (*Brinda.*) Que sea por muchos años, hombre.

TOMÁS.- Y que lo veamos con salud.

PAULA.- Mira tú también que celebrar semejante aniversario... (*Anda, haciéndose la coja*)

TOMÁS.- Glorioso, Paula, glorioso.

PAULA.- Como toda la gloria sea quedarse con la pata tiesa, estamos listos.

TOMÁS.- Vaya modo de hablarle a un herido de guerra. Así está España.

PAULA.- Un herido de guerra, ¡qué dolor de hijo! Una botana y arreglado. Se acostumbra uno a andar sin tantas cosas... Tampoco debías tú tener unas piernas como para tirar cohetes. Pero, yo, yo sí que estaba rica. Y ya ves: soltera de guerra. Ay, que me muero. No quiero, hablar. Veintisiete años solterona de guerra. A todos nos dejó cojos la inclemente. A cada cual, de una pierna. A ti, de la derecha. A mí, de la de enmedio. ¡Qué tristeza más grande!

TOMÁS.- Hazte, hazte la víctima. Me gustaría a mí saber de dónde salieron tus tres hijos, soltera de guerra.

PAULA.- ¿De verdad quieres saber de dónde me salieron?

TOMÁS.- ¡Descarada! *(Se acerca.)*

PAULA.- No me hagas más la rueda, palomo buchón. De nadie soy.

TOMÁS.- Porque tú quieres.

PAULA.- A ver quién puede poner junto al mío un nombre de hombre. Y cuidado que este pueblo vive de calumniar

TOMÁS.- Sería un forastero. O tres forasteros. Misteriosilla. ¿Ni ahora en primavera te pide el cuerpo guerra?

PAULA.- Y dale al pobre con el cacho pan. ¿Otra vez la guerra? No te acerques.

TOMÁS.- Con alguien tendrías los hijos, digo yo.

PAULA.- No, señor. Que los tuve yo solita. Soy yo mucha mujer. ¡Que te doy un tortazo! Porque una haya hecho un hijo de cuando en cuando, todo el mundo se cree con derecho a meterle mano... ¡Pero qué hombres más guarros, Virgen! Déjame en paz fregar las babas de los cuatro muertos de hambre que pasan por aquí. De nadie he sido. Eso sí: serví a todos, como Dios manda en una cantinera: al primero que me pedía un dedal de vainilla. Al primero que me pedía un traguito de ojén. ¡Hala!, a todos, como el sol. Cada mañana, mi mata de albahaca, y a servir. Más contenta que el mundo. *(Se ha acercado al fregadero, se ha entristecido.)*

TOMÁS.- Tómate otra copa, verás cómo te olvidas.

PAULA.- No me quiero olvidar, Tomás. Si lo que pasa es que no quiero olvidarme... Ni siquiera una taberna en una esquina, que es lo justo, con una clientelita formal... Un cañizo en medio de un baldío, toma del frasco: como las ovejas. Despachando a los que viajan en los trenes correo. Y qué feísima se pone la gente cuando viaja en los trenes correo. Será la carbonilla o yo no sé, pero que fea se pone. Parece que van todos a enterrar a su padre, leñe. Y gente de paso que, como no va a volver a verte, ni te deja propina. Con la prisa. . . Si un tren para aquí un minuto es todo lo del mundo.

TOMÁS.- Algunas veces tardo yo más en darle la salida...

PAULA.- Pero no lo haces por mí, que te calé: lo haces por presumir.

TOMÁS.- Esto te gusta, pécora. Que si no bien podías traspasar el negocio.

PAULA.- Eso sí que no. Aquí he nacido yo y aquí me quedo. Aquí tuve mis hijos y de aquí se me fueron. No quiero pueblos yo. Con los pies para adelante me tendrán que sacar de este chambao. Y Dios quiera que tarden. Tienes mucha razón. Sentir pasar los trenes. Sentir que los demás se mueven de un sitio para otro, culos de mal asiento. Ver la vida pasar delante de esa puerta. Oler los humos, que rascan la garganta, como almendras

amargas. Y la luz... (*Pensativa.*) ¡Hay quien está quien peor!. Hay quien está muchísimo peor. (*Reacción.*) Ahora te invito yo, recuerdo. Vamos a beber de mi coñá. (*Saca de la bolsa otra botella.*)

TOMÁS.- Ah, conque tú compraste para ti...

PAULA.- También tengo yo hoy mi aniversario.

TOMÁS.- Misteriosilla...

PAULA.- Quietas las manos, que luego van al pan. (*Brindis*) Por la pierna que te dejaron sana.

TOMÁS.- (*En voz baja.*) No, vamos a brindar primero por la otra (*Inclina la mano, con la copa, hacia la pierna derecha.*)

PAULA.- ¡Ah! Pero ¿bebe sola? ¿Qué haces? (*Tomás deja la copa, se remanga la pernera, dispone el esparadrapo...*)

TOMÁS.- Ponerme un esparadrapito.

PAULA.- Qué borrachera más tonta tienes, hijo. ¡Si te lo estás poniendo en la de palo!

TOMÁS.- Ya lo sé, pero es muy buena. Me ha acompañado mucho. Y, de vez en cuando, hago como si me doliera. Para que no se aprecie en menos que la otra. ¿No son más las dos? Hago como si me hubiese rozado un poquito la bota.

PAULA.- (*Agachándose*) Trae que te ayude, hombre. Eso está muy bien. Así tiene que ser. O jugamos todos o rompemos la baraja. Todos iguales hasta para las mataduras.

TOMÁS.- (*Mientras Paula acciona, pensativo*) Hacía ya calor y olía la resina. Íbamos agachados debajo de los pinos. Despacio. Buscando una guerrilla. Y, de pronto, un tiro, dos tiros, veintisiete tiros.

PAULA.- Para eso sirven las guerras. Para no dejar que se echen la siesta las chicharras.

TOMÁS.- Era en Castilla. En Castilla no hay chicharras.

PAULA.- O las personas. Yo que en Castilla habrá personas.

TOMÁS.- Alguna, pero lo que más abunda es el secano. Digo Y yo, con mi Detente aquí. (*Señala el pecho*) Un corazón echando fuego.

PAULA.- Eso es bonito: ya ves tú lo que son las cosas.

TOMÁS.- «Detente, enemigo, que el Sagrado Corazón de Jesús está conmigo.»

PAULA.- ¿Y hacían caso las balas?

TOMÁS.- Unas veces, sí, y otras, no; según.

PAULA.- Según la puntería del enemigo, claro. Como las pobrecillas no saben leer (*Reacción, levantándose*) Pues debías haberte puesto el Detente ése en la rodilla.

TOMÁS.- Si no me atinaron en la rodilla... Fue en la corva. Sonó igual que una rama seca, y me quedé allí mismo más plantado que un pino. Lo último que vi fue la sombra de una nube en la tierra.

PAULA.- ¿Y adónde caminabas para que te hirieran en la corva, hijo? Un tiro, dos tiros, veintisiete tiros y volviste la grupa, ¿no es eso?

TOMÁS.- Es que... nos habían cercado...

PAULA.- A saber si no te dio uno de los tuyos. La guerra es un desorden. En otras, no te digo: al que habla en extranjero, se le apunta y ya está. Pero en la nuestra... como todos hablábamos lo mismo...

TOMÁS.- Un héroe. Yo fui un héroe.

PAULA.- Porque no tendrías más remedio. Bernardinas a mí. Ya con el tiro dentro.

TOMÁS.- Las torcaces también se despertaron, ¿te enteras? Y la sangre. La sangre es más espesa de lo que yo creía. Y pegajosilla... (*La toca*)

PAULA.- (*Que ha estado atenta, reacciona*) Tú sí que eres pegajosillo. Detente, enemigo. A ver si te crees que lo que tengo ahí dentro son dos bombas de mano

TOMÁS.- ¡Viva Cristo Rey!, grité al caer.

PAULA.- Mira qué monárquico

TOMÁS.- ¡Viva España!

PAULA.- Buena está España. Ya está bien de guerra, ¿eh? Que decís «la Guerra» y se os llena la boca. En los años que han pasado has hecho una vida tan tonta, que si te quieres acordar de algo importante tienes que hablar del frente de Teruel. Ya os daría yo guerra. Día por día (*Por el fregadero*) Esta es mi guerra ahora.

TOMÁS.- No se pasaba mal tampoco, esa es la verdad. Con el miedo y el frío o el calor y los sobresaltos se acaba por echar mucho compañerismo.

PAULA.- Pues un poquito más de compañerismo y te arrean el tiro en la nuca. No quiero guerras. Claro, tú con tu destinito aquí y tu uniforme... que como vengan los inspectores y te vean con uniforme de jefe de estación te van a fusilar...

TOMÁS.- (*Asustado*) ¿Tú crees que me echarían?

PAULA.- A patadas. Y que los inspectores no son cojos de guerra... Ellos tienen la obligación de inspeccionar

TOMÁS.- Pero, ¿y de comprender? ¿Quién tiene la obligación de comprender? A mi edad ya no puede uno quitarse un uniforme. Han pasado tantos años... ¿Tu crees que los inspectores vendrán sin avisar?

PAULA.- ¿Es que la muerte avisa?

TOMÁS.- Hemos pasado tantos años sin ellos.

PAULA.- Porque tendrán otra cosa mejor que hacer que ver a un viejo tarabilla con un sombrero y una banderita

TOMÁS.- Pues yo no me lo quito

PAULA.- Allá tú. Pero así lo que pareces es un cura nuevo con boina de requeté. Desengáñate: estás fatal. Ya te lo tengo dicho.

TOMÁS.- *(Después de un instante de enfado, abre su periódico)* ¿Vas a leer la carta?

PAULA.- Cuando tenga tiempo

TOMÁS.- *(Por el periódico)* Descontentos... Mano dura es lo que necesitan. A estos descontentos sí que les daba yo inspectores. Qué pueblo de catetos, madre. Y los turistas son los que traen tanto desasosiego. Porque de eso, aquí, nunca

PAULA.- *(Fregando)* Sí, desasosiego y dinerito fresco

TOMÁS.- No podemos relacionarnos, está visto. Tenemos que estar solos. Si nos atacan de fuera, nos juntamos. Pero, si no... Porque la gente es que se aburre si no tiene su guerra a cada rato...

PAULA.- Tú no te hartas, ¿eh? Cuidado con el hombre. Qué pena que se hayan ido ya los moros. Lo que tú hubieras disfrutado en Córdoba o Granada pegando arcabuzazos. Ay, qué ordinarios son. Y no podrán, cómo van a poder, hacerse a la idea de que ya no hay guerra que valga

TOMÁS.- *(Desafiante)* Sí, pero ¿quién me compone a mí la pierna?

PAULA.- Y a mí, ¿quién me compone el pan de higo? No me hagas hablar. Seguro que lo que te pasó fue que te caíste, cuando chico, de una bicicleta y te entró la gangrena

TOMÁS.- Más cultura es lo que aquí hace falta.

PAULA.- Eso. Y muchísima paciencia. *(Pito de tren)* El ascendente. Anda, guerrero, ve a ponerle un petardo encima de la vía *(Tomás apura la copa)* Y no bebas más, que el mejor día me vas a meter el tren dentro de la cantina, condenado. *(Tomás sale)* Un tiro en la otra corva es lo que estáis pidiendo. A ver si así os parabais todos de una vez. Ay, qué vida *(Secándose las manos)* Y ahora, al infierno, Paula. *(Levanta la trampilla. Mientras baja)*

MADRE.- ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

PAULA.- *(Al verla, toda llena de lazos y cintas de colores)* Eso digo yo. Ay, cómo se ha puesto. ¿Esto es una madre? ¿Esto es una mercería! *(Acciona ordenando, dejando lo que bajó, etc.)*

MADRE.- En la cama que fue de mi madre. Donde dormí tres años con mi marido. Pero no me importaba... ¿No se habían muerto ellos? ¿No me dejaron sola? ¿Los maté yo?. Se murieron sin dar explicaciones. Que se fastidien... yo me acurrucaba cuando terminábamos... Metía mis pies entre tus piernas. Qué alto eres, Dionisio.

PAULA.- Vaya por Dios, ya estamos inventando indecencias

MADRE.- *(Para sí, como en casi todo caso)* La cama olía a membrillos. No; eras tú quien olía a membrillos. Me mordisqueabas los bordes de los pies. Auj , auj , auj: lo mismo que un cachorro. Desde pequeñita me quedé algo resentida de este pie. Y en el andar de padres carmelitas disimular que soy una cojita y si lo soy, lo disimulo bien. Tenía ancho el pecho y la cintura recogida. Cuando yo la tocaba, tocaba el sol. Qué piel de calofrío. Bien vivo estuvo mientras yo lo tocaba. Dionisio. Te llamabas Dionisio. No te sirvió de nada.

PAULA.- *(Mientras comienza a quitarle los cintarajos)* Qué cabeza, Dios mío. Por qué cerros de Ubeda andaré. Dan ganas de sacudirla y decirle que vuelva y que se quede de una vez aquí. Sí, pero, ¿para qué? Mejor está donde está.

MADRE.- Cuando se murió mi madre, yo no lloré. Hacía demasiado calor. Cuando se murió mi marido, no lloré. Había tormenta y tenía miedo. Santa Barbara bendita, que en el cielo estás escrita con papel y agua bendita. En el ara de la Cruz, Paternoster, amén Jesús.

PAULA.- Madre, de usted de mano a la cantilena, que es hora de cenar. *(Comienza a preparar la cena, acción que abandonará o reanudará según el siguiente diálogo)*

MADRE.- Yo le lamía el vello del pecho. Como una vaca a su ternero *(Hace el gesto de lamer)* Así, así, así. Él me tiraba de la trenza... Me deshacías el moño. Yo estaba acurrucada, como una cosa chica, entre tu ombligo y tus rodillas.

PAULA.- *(Gritando)* ¡Madre!

MADRE.- *(Descubriendo una presencia)* ¿Es usted, don Rufino?. ¿Tiene usted ya que decírmelo? Todavía, no. Todavía, no. Luego me dará usted la noticia. Y su última carta. La guerra está acabando. Ya ha pasado lo peor del peligro. Bendito sea Dios. Mire usted dos jilgueros en medio del rastrojo. Y en la maceta, mire usted dos claveles. El más alto es tan reventón que se alabea el tallo. ¿Se fija usted? *(Excitada.)* Don Rufino, todavía no. *(A Paula, que se aproxima)* Si pasado mañana va a terminar la guerra. Si ya no es necesario que se muera nadie. Si ya no serviría... No me mire usted así, pájaro negro. ¡¡No!! *(Detrás de la cortina de la izquierda asoma Diego la cabeza. La Madre se calma de repente)* Y tampoco lloré. Pero me preguntaba: «Lola, ¿qué harás con estas manos? Lola, ¿qué harás con esta boca? . ¿Quién te dará mordiscos en los pies por la noche? *(Se echa a llorar, como una niña.)*

PAULA.- Ea, ea, ea, pobrecita. Si es mentira, madre. Si no soy el cura, si no soy don Rufino. Soy yo, su hija.

MADRE.- Cuánto has crecido. Y qué fea te has puesto. Qué arrugas más grandes tienes.

PAULA.- *(Bromeando)* Para oírte mejor.

MADRE.- Qué ojeras más grandes tienes.

PAULA.- Para verte mejor:

MADRE.- Y cuantas canas

PAULA.- *(Incorporándose, molesta)* Como usted, madre; como usted.

MADRE.- Te ponías a hacer pucheros y el tío Dionisio, ¿te acuerdas del tío Dionisio? te decía: «Una niña que tiene pecas no puede estar triste»

PAULA.- Qué más quisiera yo que ser una niña ahora. Pero no se puede, ¿verdad, madre?

MADRE.- Tú, no; porque siempre has sido una tonta.

PAULA.- Vaya por Dios. ¿Y ése?

MADRE.- ¿Qué ése?

PAULA.- Ya lo sabe usted.

MADRE.- No sé. No lo he visto. Habrá salido. *(Con mala intención)* Mi primo Alejo salió un día a tomar el fresco hace treinta y dos años. Todavía lo está esperando su mujer.

PAULA.- Ay, qué embelecós. No caerá esa breva.

MADRE.- Me miraste de un modo...

PAULA.- ¿Qué pasa ahora?

MADRE.- Volví de la iglesia. Del funeral de mi marido. Y me comiste con los ojos. Yo me dije: ¡Jesús!

PAULA.- Qué noche tiene usted, madre, hija. *(En efecto, ha ido atardeciendo arriba)* Diego. Diego, no te hagas el sordo. Sal. *(Va hacia la cortina izquierda, la descubre.)* Míralo, haciéndose cucamonas delante del espejo. Ay, Señor. De loquera. Me veo de loquera.

DIEGO.- Estaba solo y...

PAULA.- Y te mirabas para hacerte compañía, ¿no?. Ven. He traído muchas cosas

DIEGO.- ¿Vendiste los carritos?

PAULA.- (*Sorpresa*) Ah, sí. Los vendí. Y con lo que me dieron he comprado boquerones y piononos y vino y coñá. Verás que festolín.

DIEGO.- ¿Se te ha olvidado otra vez la madera?.

PAULA.- ¿Cuál?

DIEGO.- La madera para hacer más carritos.

PAULA.- Ay, es verdad. Qué memoria. Bueno, es igual. Así descansas unos días, piensas en otra forma nueva... ¿eh? (*Diego hace un dulce gesto de sumisión, que repetirá a menudo*) ¿Qué has hecho hoy?

DIEGO.- Me he lavado los dientes

PAULA.- Huy qué bien. ¿Y qué más?

DIEGO.- He leído.

PAULA.- ¿El Kempis o la cartilla?

DIEGO.- Las dos cosas.

PAULA.- El Kempis, como ya te lo sabes de memoria, va a haber que devolvérselo a don Rufino.

DIEGO.- ¡No! Bueno, como tú mandes. (*El gesto infantil*)

PAULA.- (*Atenta*) ¿Qué te pasa?

DIEGO.- (*Cada vez más desaparecido*) Nada.

PAULA.- Ya me has hecho alguna. (*Va detrás de la cortina*) Has partido el cepillo de dientes. A ver cómo nos limpiamos el sábado que viene.

DIEGO.- Se partió solo. Me distraje.

PAULA.- ¿Cuánto tiempo estuviste restregándote?

DIEGO.- Casi toda la mañana. Como tú no bajabas.

PAULA.- Tuve mucho que hacer. Fui al pueblo. (*Abriéndole la boca a Diego*) A ver. Claro, tienes todas las encías en carne viva. Qué animal eres. Está visto que no puedo moverme de aquí abajo.

DIEGO.- ¿Fuiste con el hombre de arriba?

PAULA.- *(Que ha ido por vino)* Que va, yo sola. *(Diego baja la cabeza)* Sabes que no te miento, Diego. Estuve sola, como tú, todo el día. Toma vino y enjuágate la boca. ¿Te escuece? Mejor, así te curas. Por burro. Pero no te lo tragues.

MADRE.- Ven, que es de noche

PAULA.- *(Por la Madre.)* Debe ser los primeros calores. Esta noche vamos a tener zipizape, porque ha habido un bochorno que...

DIEGO.- *(Por el vino.)* Está bueno. Bebe *(Bebe Paula.)* ¿Tú crees que tu madre no se acostaba con tu tío Dionisio?

PAULA.- Qué pejiquera. *(Como algo repetido)* Dionisio no era mi tío. Era un hombre del pueblo. Lo mataron al terminar la guerra. Cuatro días antes de que llegaras tú. Te he dicho mil veces que mi madre, desde que se quedó viuda, se puso un traje negro y hasta hoy. Tenía yo tres años. No levantó más los ojos del suelo.

DIEGO.- Entonces, ¿por qué...?

PAULA.- Leche, porque está como una cabra, ¿o es que no te has enterado en veintisiete años? Aquí todos estamos locos. *(Con tono muy natural)*

MADRE.- No, Dionisio; eso, no. Que nos mira la niña.

DIEGO.- ¿Lo ves?

PAULA.- ¿Y qué? Si se quisieron o no, yo no lo sé. Pero no se tocaron... Seguramente por eso está ella así. Entre las bombas y el moderarse las ganas... La locura destapa los baúles, el cuarto oscuro que todos llevamos aquí, en la cabezota... Se dicen esas cosas que habíamos soñado y nunca hicimos... Hoy he traído una cosa

DIEGO.- Un gazapito.

PAULA.- No. Ya sabes que en esta oscuridad no se te logran Diego. Hace siete años, ¿no te traje uno? Se te murió y luego estuviste tres meses que no hubo quien te consolara.

DIEGO.- Todo pasa como las nubes, como las naves, como las sombras.

PAULA.- ¿Qué?

DIEGO.- Que un conejo no dura nada. Lo dice el Kempis.

PAULA.- Ya.

MADRE.- En besarlo de arriba abajo tardé año y medio.

PAULA.- Y, ¿qué hizo usted, parada y fonda? Ay, Señor. Esto es lo que se saca de ser decentes. O tontas de capirote, que es lo mismo. Madre, traigo una carta.

DIEGO.- Para mí.

MADRE.- Para mí. No se había muerto. Los curas nunca tienen razón. Siempre se ponen en lo peor y nunca aciertan. Dámela.

PAULA.- Pareja de egoístas. Cochos. La carta es para los tres.

DIEGO.- Déjame. *(La huele)* Huele a arriba. A aire. Es para ti. ¿De quién es?

PAULA.- De Manuel...

MADRE.- El veintiuno de marzo comienza la primavera, cuando los quintos soldados se marchan para la guerra. *(Con mala intención)* Tres hijos tuviste. Los tres se te fueron.

PAULA.- ¿Y qué? Estoy contenta de tener mi sangre por ahí repartida. Aquí ya estoy yo. No iba a quedarme con mis tres hijos en las manos como las llagas de Nuestro Señor. Eran machos, ¿no? Si tienes yeguas, guárdalas. Si tienes potros, suéltalos. *(Ríe la Madre.)* Yo les dije: «Al agua, patos, que ya sabéis nadar. Hala, a preñar alemanas, a hacerles barrigas a las francesas, a Barcelona, a Barcelona, que aquí se ahoga uno» *(A Paula le tiembla la voz. La Madre se ríe a carcajadas.)* Como debe ser. Como siempre ha sido en este pueblo. Aquí estamos a gusto los niños y las viejas. Y don Rufino. *(Con intención.)*

MADRE.- *(Temblor.)* No

PAULA.- Los demás, ancha es Castilla y pies para qué os quiero. Yo soy muy ventanera. Me alegró que se fuesen. Hoy escribe Manuel

MADRE.- Mentira podrida

PAULA.- Mire la carta

MADRE.- Las ovejuelas, madre, las ovejuelas, como no hay quien las cuide, se cuidan ellas. Acitrón, tira del cordón, cordón de Italia... *(Ríe.)*

PAULA.- *(Recoge la canción.)* ¿Dónde vas, amor mío, sin que yo vaya? Aquí no hay porvenir madre ¿O es que es usted sólo la que puede engañarse, la única que puede hacerse ilusiones? ¡Mala!

DIEGO.- ¿Por qué no pone mi nombre en el sobre?

PAULA.- *(Acorralada.)* ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué quieres? ¿Que sepan que vive un hombre aquí y vengan y te trinquen? Cabeza de chorlito. Dice así: «Querida madre»:

DIEGO.- ¿Ves?

PAULA.- «Querida madre: me alegraré que, al recibo de esta, te encuentres bien, en unión de la abuela, que te da tantos disgustos...»

MADRE.- Papeles son papeles. Cartas son cartas. Palabras de los hombres. Todas son falsas.

PAULA.- *(Vengativa.)* «... y a la que tanto quiero y que tanto me quiere... Sabrás que aquí hace frío. Sabrás que me he mudado cerca de una estación y pasan trenes igual que ahí y se oyen de noche y no dejan dormir, igual que ahí, porque era más barato. Sabrás que aquí no se estilan los chorizos ni los melones y que cuando yo llegué mi hermano Damián se había ido a otro pueblo porque aquí no ganaba. De modo que me comí yo solo la tortilla, que ya estaba muy dura. Sabrás que aquí lo que más hace es frío y llueve y los árboles son casi negros y el personal habla de una forma que no se les entiende y te mandan de un lado para otro como si uno fuese un tonto. Yo estoy muy contento. Ahora estoy sin trabajo y por eso te escribo, porque cuando entre a trabajar otra vez ya no podré. Yo es que es que estoy muy contento. A lo mejor no se encuentra trabajo y entonces me iré donde el Damián. Ya yo te escribiré con lo que sea. Sabrás que aquí hay mucho porvenir y llueve mucho. No hay eras, ni pozos, ni romerías, en lo que yo llevo. Ni melones tampoco me parece que haya. Por lo menos, yo no los he visto. O que no sea aquí el tiempo. Lo que hay es mucho porvenir madre. Sin más se despide de ti tu hijo que te quiere y que lo es, Manuel. Da a padre un abrazo muy fuerte.

DIEGO.- *(Le quita la carta.)* Eso no lo dice. No dice casi nada de lo que has leído. Además, tú no sabes leer tan deprisa.

PAULA.- Para leer las cartas de mis hijos, maldita la falta que me hace saber leer. ¿No los he parido yo? Entonces. Las miro y ya está. Qué necesidad tengo de leerlas.

DIEGO.- A mí no me han querido nunca. Ninguno de los tres. Se fueron y ni recuerdos mandan.

PAULA.- Ay, que siempre tengas que coger el cazo por donde más te quemes. Siempre lo mismo: Qué sed tengo, qué sed tengo, qué sed tengo. Te dan agua. ¿Vas a estarte tranquilo? Pues, no. Qué sed tenía, que sed tenía, qué sed tenía. Hala, a mortificarse. Ya me amargó la carta. *(Al guardársela.)* Menos mal que tengo otra. Esta sí es para mí. *(Saca la que le dio Tomás.)* Léemela tú, que tanto sabes.

DIEGO.- «Bellísima señorita: es imposible verla y no amarla...» Del de arriba, ¿no?, *(Paula afirma.)* ¿Cómo es?

PAULA.- Viejo, gordo, calvo, cojo y feo.

DIEGO.- No.

PAULA.- Si no te crees todo lo que te digo no te vuelvo a contar nada. ¿Es que tienes celos de Tomás?

DIEGO.- No.

PAULA.- Si él está preso arriba, igual que tú aquí abajo.

DIEGO.- Tengo celos de arriba. Esta carta huele también a aire. A jaras.

PAULA.- Arriba no hay jaras.

DIEGO.- Tú dijiste que estaba todo lleno de jaras y de pinos y de corderos blancos.

PAULA.- Arriba siempre es... según te portas tú.

DIEGO.- Dijiste que estaba todo lleno de pájaros.

PAULA.- Lo dije pero no era verdad. Estaría de buen humor cuando lo dije. No hay nada arriba: polvo, piedras y cuatro matas secas.

MADRE.- Del pellejo del Rey Moro tengo de hacer un sofá para que se sienta en él al Capitán general.

DIEGO.- ¿Y el aire?

PAULA.- *(Como si hablara a un niño)* El aire es malísimo. Te da y te salen granos, llagas o te da un parálisis, o se te rompe el vaso de la mesilla de noche. Arriba hay que tener mucho cuidado. Hay que apartarse de los hormigueros, de los barrancos, de los cenagales. Todo eso trae muy mala suerte. Y hay que salir muy abrigado. Antes de irse al campo, conviene echarse entre pecho y espalda tres tragos de aguardiente. Así. *(Bebe tres veces y se ríe.)*

DIEGO.- *(Lee)* «Su hermosa imagen está grabada en mi corazón tan profundamente, que donde quiera que voy la veo. Si contemplo el paisaje se asemeja a usted de tan bello...» El paisaje, ¿se parece a ti?

PAULA.- Sí. Sigue

DIEGO.- Pero, ¿qué paisaje? ¿El que me dices cuando estás contenta o el que me has dicho hoy?

PAULA.- Los dos. Acaba de una vez.

DIEGO.- «Cuando escucho el trinar de los pájaros me parece escuchar su divina voz» Te quiere. Pero el amor de la criatura es engañoso y mudable.

PAULA.- Qué tontería. Es una carta copiada de un libro para novios. Es la segunda vez que me la manda. Se conoce que sólo tenía quince y ha tenido que empezar a repetirlas.

DIEGO.- «Solamente imploro de usted una palabra, que me indique que usted se interesa por los sufrimientos de mi corazón. Si usted me desprecia moriré lentamente, como muere la flor recién cortada. Y en mi agonía diré en todo momento: la amo, la adoro» ¿Qué vas a contestarle?

PAULA.- Ay, Diego, no terminarás nunca de soltar el cascarón del culo. ¿Qué voy a contestarle? Nada. ¿No ves que yo no tengo el libro de respuestas?

DIEGO.- Ah.

PAULA.- Trae (*Guarda la carta. Saca de nuevo la de Manuel*) Manuel sí que me quiere. El que más tiempo me ha querido.

DIEGO.- Es el más chico

PAULA.- Pero el más cariñoso.

DIEGO.- Agustín es más serio

PAULA.- En cinco años desfilaron todos, uno por uno. Y nos quedamos solos, como antes, otra vez

MADRE.- Desfilaron. Dionisio, tú, no. Escóndete, Dionisio. Que vayan ellos. Mambrú se fue a la guerra, qué dolor, qué dolor qué pena. Mambrú se fue a la guerra, no sé si volverá.

PAULA.- Damián tiene tus mismos ojos. Agustín tiene la boca como tú, apretada. Pero Manuel es el que más me quiere

DIEGO.- Tenía tres años.

PAULA.- ¿Cuál de los tres?. Todos han tenido tres años.

MADRE.- Las noticias que traigo,
qué dolor, qué dolor me caigo.
Las noticias que traigo,
dan ganas de llorar

DIEGO.- Manuel. Tenía tres años y estaba un día arropadito con una manta. ¿Tienes frío?, le dije. (*Dice que no con la cabeza. como un niño*) Como te veo con esa manta... Por eso no tengo frío, me contestó. Desde entonces supe que él tampoco me quería.

MADRE.- Que Mambrú ya se ha muerto
mire «usté», mire «usté» qué tuerto.
Que M a m b r ú ya se ha muerto.
Lo llevan a enterrar.

Como si nunca hubieses estado en mi casa conmigo.

DIEGO.- Cuando Agustín, a los siete años, mató de un cantazo al gallo del alcalde, cuando vino llorando porque le habían pegado... yo no pude salir a defenderlo. Y él me miraba

PAULA.- Tú quisiste. Lo que pasa es que uno no puede casi nunca hacer lo que quisiera. Son hermosos los tres. Tres hombres, Diego, como tres castillos. Ya verás cómo vuelven, que se nos van a abrir las carnes. Un poco más enjutos, eso sí. Mataremos un cerdo

DIEGO.- ¿Cuál?

PAULA.- Una buena matanza: pan de orejones, sobreasada, morcillas, manteca colorada... Y los tres, como tres ratoncillos, tris, tris, tris, comiéndoselo todo. Una hogaza, otra hogaza, comiéndoselo todo

MADRE.- Un hijito que de él tengo
a fraile lo meteré,
y si no quiere ser fraile
entrará a servir al rey,
que donde ha muerto su padre
también podrá morir él.

(Se ríe) (Recita)

San Antonio bendito
sólo te pido que me des mucha suerte
y un buen marido,
que no fume tabaco ni beba vino
ni vaya a la taberna con los amigos.

(Llora) Veintisiete años sin fumar. Veintisiete años sin beber vino, sin ir a la taberna, Dionisio, llevas. Sin que yo meta mis pies entre tus piernas como un par de torrijas, Dionisio.

DIEGO.- En las cartas no preguntan por mí.

PAULA.- La censura, Diego.

DIEGO.- Para las cartas, no. Llegan cerradas

PAULA.- Sólo hay censura para lo que a ti te conviene, ¿no? Pues sal. ¿Por qué llevas veintisiete años, que hoy se cumplen, debajo de mis faldas? Sal a la calle. Vive, so leñe, vive. Veintisiete años sin ir a la taberna. Vete si no hay censura. Contigo no se puede.

DIEGO.- En las tabernas había rábanos y aceitunas. Nos echaron de la taberna y nos dieron fusiles

PAULA.- *(Gozosa.)* ¡Lo adiviné! *(Desenvolviendo un paquete hecho con un periódico)* Aquí lo tienes: rabanitos. Ay, cómo crujen. Y aceitunitas verdes. Y las negras, que saben a cebolla y a pimentón y a hinojo. ¡Qué ricas! *(Diego toma el periódico. Paula se lo quita).* Deja eso. Es del año pasado

DIEGO.- Del año pasado... *(Con ilusión.)* Dámelo. Al principio me traíais periódicos..

PAULA.- *(Tirándolo)* ¿Qué te importan a tí las sandeces que se les ocurren a los bobos de arriba? Son de hace mucho tiempo.

DIEGO.- Tiempo, tiempo. ¿Qué es el tiempo? ¿Soy yo quizá?

PAULA.- Ah, el Kempis

DIEGO.- No; esta vez, no

PAULA.- Hijo, pues podías avisar. Porque una no sabe nunca a qué atenerse.

DIEGO.- Si tuviéramos fe, podríamos salir de aquí. La fe mueve de lugar las montañas.

PAULA.- La fe no sé, pero la bomba atómica sí que mueve de lugar las montañas. Mejor estarse quietos... ¿Te acuerdas, Diego?

DIEGO.- ¿De qué?

PAULA.- De cuando se fue Manuel

DIEGO.- Estaba lloviendo como si no hubiera llovido nunca. Con una mala uva...

PAULA.- Eso tampoco será del Kempis, ¿no?

DIEGO.- No.

PAULA.- Ni de la cartilla

DIEGO.- No. La cartilla les sirvió a los tres en la escuela. Mírala. Esta mancha de tinta es de Agustín. Esta esquina la rompió Damián. Este racimo que hay... aquí, en la U. Este racimo lo pintó Manuel.

PAULA.- Siempre fue el más artista. Y este bigote a Santiago Apóstol, ¿quién se lo ha pintado?

DIEGO.- *(Avergonzado.)* Yo.

PAULA.- Ya me pareció nuevo. El bigote... ¿Te acuerdas de lo que le dije? Anda, empíezalo tú...

DIEGO.- Te vas al extranjero, Manuel, mi niño... Manuel, mi niño..

PAULA.- Te vas al extranjero, Manuel, mi niño, y allí te dejarás bigote o sabe Dios. Aquí está la merienda. *(Representa la escena, como si la estuviese viviendo. Hace el gesto nervioso de quitarse unos hilos imaginarios)* En el tren, ten cuidado, que hoy viaja mucha gente y cada cual es de su padre y de su madre. Guarda bien el dinero. Cuando duermas te lo pones atrás, en el bolsillo del trasero. Cuando comas, le ofreces a la gente, pero no mucho, que el viaje es largo y no quieras figurarte las porquerías que comen por ahí fuera. Y abrígate bien, que en el extranjero hace mucho frío. No salgas sin bufanda. Te he puesto una bovina blanca y otra negra, por si acaso se te cae algún botón... Estoy llena de hilos. Cómo se pegan los hilos a lo negro... Que comas, Manuel, hijo. Mastica bien, despacio, que si no, no alimenta, ya lo sabes: tú eres muy tragaldabas... Y cuando veas a tus hermanos... porque en el extranjero se verá la gente, digo yo... Ya, ya sé que ellos están en otra parte, pero si tú los ves por casualidad, les dices que escriban. Que hace tres años uno y cinco años el otro, que no sabemos de ellos... Estos malditos hilos... Que nos escribáis, hijos... Si te dejas bigote, me mandas una foto. Pórtate bien, que yo esté muy orgullosa, ¿eh? ¿Lo tienes todo ya? Toma, te dejas esto: *(se agacha y toma algo imaginario con la mano.)* un poco de tierra, de tu tierra. Llévatela. No la pierdas. Dale un beso a la abuela, que es una pesada. No tardes. Vuelve pronto, Manuel, tú por lo menos... Ya está ahí el tren. Y estos hilos... *(Se le rompe la voz)* Si estuviera dormida cuando vuelvas, me llamas, que esté yo donde esté te oíré llamarme. Adiós, Manuel, mi niño...

DIEGO.- Y a tu padre, ¿no le dices nada? *(Paula le tapa la boca; él se libra)* Por él me voy. Igual que Agustín y Damián. Por su culpa he tenido que callarme cuando me han llamado hijo de... *(Paula vuelve a taparle la boca)* No quiero verlo más. No quiero vivir más al lado suyo. Me da vergüenza de él ¡Cobarde! *(Paula oprime la cabeza de Diego contra su pecho.)*

MADRE.- Ya no florece, ya ha florecido.
A la flor del romero, que se ha perdido.

PAULA.- No lloro, yo no lloro. No tengo motivos. Tengo tres hijos como tres soles. Y tengo mi marido o lo que sea: que más me da ya a mí, quien le pone los nombres a las cosas. Yo tengo mi madre, aunque sea turulata. ¿Qué puedo querer más? Otras tienen menos. Otras tienen menos. Otras tienen muchísimo menos. Y tengo este pan y esta fuente de boquerones fritos y esta jarra de vino. ¡Hala, a comer!

MADRE.- Tanto collar de plata,
tanta pulsera.
Luego llega la noche,
no tiene cena. *(Se tapa el delantal. Paula lucha con ella hasta sacarle un mendrugo del bolsillo.)*

PAULA.- Madre, urraca. ¿Será posible que no se haya enterado todavía de que ya no hay escasez? ¡Ahí, a guardar, a esconder mendrugos! Mira, mira qué pena de bolsillo. Lleno de migas, que luego se mete en la pila y se forma un engrudo que no hay Dios que lo quite. Puerca, que es «usté» una puerca.

MADRE.- *(Otra vez ida.)* Me dijiste una vez: Anda, mete la mano en mi bolsillo: Traigo un regalo. Y tenías roto el forro, Dionisio. *(Ríe.)*

PAULA.- Diego, ¡mi regalo! Se me pasó con tanto Cafarnaún. Hoy hace veintisiete años que llegaste. Bésame, Diego.

DIEGO.- La guerra...

PAULA.- *(Señalando su mejilla.)* Bésame aquí. *(La besa)* Veintisiete años sin moverte de mi vera. Para mí sola

DIEGO.- Sin ver el sol...

PAULA.- El sol. ¡Huy qué trampantojo! Si afuera no lo hay ¿Qué más sol que esta cara? Afuera sólo hay trenes, y humo y mucha mugre. Una cochiguera. Y coches, que te matan si te descuidas. Tú, aquí, tan ricamente, pidiendo por esa boca. Arriba, ya te habría atropellado una alsina, o una pulmonía, o una locomotora...

DIEGO.- No me gusta que hables así de arriba. Para poder seguir aquí necesito pensar que lo de arriba es como un paraíso

PAULA.- Paraísos no tendremos, pero, mira, tenemos un infierno para nosotros solos. No todos pueden decir lo mismo. Tú, con tal de quejarte, no sabes qué inventar.

DIEGO.- Hay adelfas, y piedrecitas, y gusanos de luz. Y caballos. Y muchas nueces

PAULA.- *(Imperativa.)* No hay nada de eso

DIEGO.- Aquí sólo hay grietas y esas manchas, que ya me las sé de memoria *(Comienza a tocar las paredes, moviéndose como un animal enjaulado)* Arriba está todo: el Sol, la Luna, las bocas, los trajes nuevos, el trabajo, todo, todo, todo...

PAULA.- *(Gritando)* Te digo que no hay nada de eso.

MADRE.- *(Gritando)* Apriétame más, más, que tengo frío. Que cada vez que tardas me da el frío...

PAULA.- Donde yo esté, para ti tienen que estar la Luna, el Sol y todas esas guarrerías que has dicho *(Suave)* ¿No me has oído? Te traía un regalo. *(Diego no escucha. Toca las paredes, las mide, se revuelve. Gritando otra vez)*

MADRE.- ¡Dionisio!

PAULA.- No marees a mi madre, que se pone peor.

DIEGO.- Estoy buscando una salida.

PAULA.- No la hay. De aquí sólo se sale por arriba. ¡Para!

DIEGO.- Entonces estoy paseando. Tengo que pasear. Si no, ya sabes que se me duermen las piernas. Lo ha dicho el médico.

PAULA.- ¿Qué médico?

DIEGO.- Uno.

PAULA.- Aquí no ha entrado ningún médico.

DIEGO.- Bueno, pero de todas formas se me duermen las piernas.

PAULA.- ¿Y por qué no tomas un cuarto de hora el sol? Mientras pongo la cena. Siempre dices que te sienta muy bien.

DIEGO.- *(Grita)* Porque es de noche.

PAULA.- *(Grita)* Eso no importa aquí.

DIEGO.- Tú tienes el sol. Yo, no. Yo necesito imaginármelo. Y sólo puedo imaginarme lo que existe... y con mucho trabajo. Ahora no hay sol...

MADRE.- ¡Es de noche!

PAULA.- ¡Cabezones! *(Suave)* No peleemos hoy, Diego. Hoy se cumplen los años.

DIEGO.- *(Resistiendo)* Según mis cálculos se cumplieron la semana pasada.

PAULA.- ¿Ah, conque sigues tachando días en ese cochambroso calendario? Juraste por tu padre que no lo ibas a hacer más. Lo escondiste, ¿no? *(Va hacia un lugar preciso)*

DIEGO.- Ahí no está.

PAULA.- *(Lo saca sin vacilar)* Se acabó el calendario. *(Lo rompe)*

DIEGO.- ¡No!

PAULA.- Ya no te doy el regalo. *(Diego inclina la cabeza. Como a un niño)* Además, si ya sabes que cada cuatro años febrero tiene veintinueve días... Siempre estás adelantado.

DIEGO.- ¡Es verdad! Febrero. Es hoy. ¿No me lo vas a dar?

PAULA.- No. *(Comienzan el juego habitual)*

DIEGO.- ¿Qué era?

PAULA.- Una cosa que le compré a un viajante.

DIEGO.- ¿Grande o chica?

PAULA.- Chica.

DIEGO.- ¿Porqué letra empieza?

PAULA.- Depende.

DIEGO.- ¿De qué?

PAULA.- Del nombre que se le dé.

DIEGO.- ¿Si lo acierto me lo das? ¿Qué color tiene?

PAULA.- Por fuera negro. Por dentro, no lo he visto.

MADRE.- ¡Un grajo!

PAULA.- No.

MADRE.- Un gato negro.

PAULA.- No.

MADRE.- Entonces, no lo quiero.

PAULA.- Como para «usté» no era...

DIEGO.- ¡Otro Kempis!

PAULA.- No. *(Saca un transistor de su bolsillo)* Toma.

DIEGO.- ¡Qué bonito! ¿Qué es?

PAULA.- Una radio. Escucha. *(Conecta. Una música vulgar. Una voz: «Para su garganta, pastillas Amaranta. El mejor restaurante, Las Torres. Su Pascua junto al mar, Hotel Marysol.» Paula lo gira; otra música. Diego se echa a llorar)* Diego, Diego. Con razón dicen que la música amansa a las fieras. Diego, mi niño...

MADRE.- Llorica, llorica.

DIEGO.- Háblame de la yerba.

PAULA.- Si ayer te baje un puñado.

DIEGO.- Sí, pero mira... *(Se saca del bolsillo un poco de hierba seca)* Esta mañana la regué, pero ya estaba seca. Háblame de los prados.

PAULA.- Son verdes.

DIEGO.- Verdes, ¿cómo?

PAULA.- Pues... como los árboles, como los chopos ahora. Más verdes que los olivos. ¿Te acuerdas?

DIEGO.- No. ¿Y la yerba?

PAULA.- Es como una toalla muy gorda, verde también. Tiene... como si fuera un fleco, pero de pie...

DIEGO.- De pie... Sigue.

PAULA.- Huele a tierra mojada.

DIEGO.- ¿Cómo es eso?

PAULA.- Igual que cuando llueve en agosto. Un poco antes de empezar a llover. Cuando caen las primeras gotas: toc, toc, y revientan contra el polvo... ¿Entiendes?

DIEGO.- *(Desolado)* No. *(Por unas que tiene en la mano.)* ¿Y estas hojitas redondas?

PAULA.- Son yerba también. Son... *(No lo sabe.)* Tréboles.

MADRE.- Trebolé, ay, Jesús cómo huele
Trebolé, ay, Jesús, qué olor.

DIEGO.- *(Serio)* No es verdad. Dijiste una vez que el trébol tenía siempre tres hojas.

El día que bajaste uno de cuatro porque traía suerte. ¿No te acuerdas ya? Hace muchos años... Cuando Damián se partió la ceja, ¿te acuerdas ahora?

PAULA.- Hace muchos años, ¿no? Traía suerte, ¿no? Y lo bajé, ¿no? Mecachi en diez, ahora mismo te bajo otro. Y yerba. Y un clavel. Y todo lo que encuentre. Y si puedo coger un conejo, te lo bajo también, que no sé por qué coño se tiene que morir un conejo donde puede vivir un hombre como tú. *(Sube)* Mecachi en diez, que si hay derecho a esto, baje Dios y lo vea. *(Sale)*

MADRE.- *(Mientras, en éxtasis. Diego oye la música)* Verdes era como tenías los ojos. Gato, gatito. Verdes, pardos, grises, de todos los colores. Te hacías el dormido, yo te pasaba la lengua por los ojos. Que le frían dos huevos a todo lo demás. Ya no quiero saber nada de nada. Ni del día ni de la noche. ¿Para qué tanta sangre? Por todas partes, sangre. Hace mucho tiempo que he cerrado los ojos. Los cerré para verte venir. ¡Pero no vienes! *(Se mete tras su cortina. dando un grito. Baja Paula)*

PAULA.- Ha empezado a llover. Toma. *(Le da un poco de hierba y una flor.)* Huélelo. ¿Ves?

DIEGO.- Así es la vida, como la yerba de los prados, que hoy es y mañana no aparece.

PAULA.- Eres igual que un fraile en un sermón. Claro que si tú te entretienes, eso es lo principal... Sí, la vida es como un mes de noviembre y un puñado de yerba. Habría que apagar eso. *(Por el transistor)* Me han dicho que se gasta.

DIEGO.- Un poco más. Voy a decirte un verso.

PAULA.- ¿Un verso? ¡Ay!

DIEGO.- *(Tras una pausa.)* Subió una mona a un nogal
y, cogiendo una nuez verde,
en la cáscara la muerde.
Como le supo muy mal
arrojóla el animal
y se quedó sin comer.
Así suele suceder al que su empresa abandona.
Le pasa como a la mona...
Le pasa como a la mona, no me acuerdo de más.

PAULA.- ¡Qué preciosidad, Diego! ¿Lo has hecho para mí?

DIEGO.- No, es de la cartilla.

PAULA.- Nunca había oído nada tan bonito.

DIEGO.- ¿Cómo es el mar?

PAULA.- Yo no lo he visto. Será azul. Y un poco verde, me parece. Y hace ras, ras, ras. Con espuma blanca...

DIEGO.- ¿Y por la noche?

PAULA.- Pues... por la noche, recoge espuma y se duerme. Y encima tiene barcos. Pero que le den morcilla al mar. Vamos a comer. *(Diego se entristece)* Luego te lo explico. *(Diego saca una postal.)* Ahí no se ve bien. Eso es una playa. La gente no lo deja ver...

DIEGO.- Dicen que hay sitios donde los naranjos llegan a la orilla del mar.

PAULA.- Eso son cotillerías de la gente, que es muy mala. No hagas caso. Venga, a comer. *(Va hacia la mesa con una fuente)*

DIEGO.- El hombre interior recibe mucha pesadumbre con las necesidades corporales.

PAULA.- ¡Qué redicho eres! *(Llega a la mesa. Un alarido)* ¿Quién ha cortado un trozo de la mesa? *(Diego baja la cabeza)* ¿Por qué lo has hecho?

DIEGO.- No bajabas madera para hacer los carritos. Tenía que trabajar...

PAULA.- Al caracho los carritos, desgraciao. ¡Entérate de una vez! ¡Los tiro! Hace ya meses que los vengo tirando en cuanto salgo arriba. Nadie los quiere ya. En el pueblo están hartos de carritos. Todos los niños están hartos de tus estúpidos carritos. Y ahora haces esto en la mesa. ¡Qué desdichada soy!

DIEGO.- *(Que ha sacado algo de algún sitio.)* Toma. Toma: el destornillador, la escofina, los alicates, el martillo. .. Tíralo todo arriba. Tíralo. Ya no haré más carritos. Y tira éste también *(Le da uno)* Está sin terminar. Lo empecé hoy mientras estabas fuera.

PAULA.- *(Acariciándole el pelo)* Si hubiera naranjas, ahora mismo te bajaba una naranja. ¡Guapo! ¿Quieres que retire la cena y haces un carro grande con toda la mesa? *(Diego dice que no.)* Que sí... *(Repite el gesto)* Pues come entonces...

DIEGO.- No tengo gana... *(Ella lo sienta. Le dará de comer, como a un niño distraído, sin que resulte ridículo.)* Y Dios, ¿cómo es Dios?

PAULA.- Jesús, qué cosas. ¡Yo qué sé! ¿Crees tú que Dios anda por ahí arriba para que yo lo vea?

DIEGO.- Está en todas partes. Sobre todo arriba, creo yo. ¿Cómo será?

PAULA.- Tan grande, que ya es como si no existiera. Come.

DIEGO.- Lo que pasa es que nosotros estamos metidos dentro de Él. *(La Madre entra y sale, llevándose comida, de cuando en cuando.)*

PAULA.- Muy raro debe ser.

DIEGO.- Sabe todas las cosas: lo que hemos hecho y lo que no. Lo que pensamos y por qué lo pensamos. Y siempre está sonriendo por el aire.

PAULA.- Pues no entiendo por qué sonrío tanto. Yo sólo creo en el infierno...

DIEGO.- (*Mirando alrededor*) En eso no hace falta creer.

PAULA.- Es verdad. Somos tan pobres que no podemos ser demasiado malos. No tenemos más que un vicio grande: no querernos morir... Come.

DIEGO.- Algunas veces no está uno seguro de no querer morirse...

PAULA.- Ay, cada día que vas siendo mayorcito te gusta más contradecirme...

DIEGO.- Claro, como tú estás en tu casa...

PAULA.- ¿Esto es mi casa? Bah, todos vivimos en casa ajena, Diego. De aquí y de allá vamos cogiendo pajas para el nido y de repente viene un viento... y adiós.

DIEGO.- Si hubiéramos matado, como pensábamos, a Tomás, el de arriba...

PAULA.- Sí que te luce a ti leer el Kempis, hijo... Come deprisa, que mi madre nos deja sin nada.

DIEGO.- Con la bala que queda en el fusil que traje aquella noche. Podríamos subir sin ruido, muy despacio. Y en un minuto... Después yo podría tumbarme y mirar las estrellas.

PAULA.- Ya lo haremos. Una noche de éstas. Aunque no es fácil, porque luego vendrán los inspectores.

DIEGO.- ¡Ah, sí, los inspectores!... Pero yo ya habría visto las estrellas.

PAULA.- Toma. Un día serás libre. Serás feliz y libre. Los dos juntos. Todo pasa. Sobre todo lo que nos parecía más importante: Sólo nos queda esto que no importaba nada: esa lluvia, el calor, este tabaco y este poco de vino: el puñado de yerba. Ni estación de partida, ni estación de llegada. Trenes y nada más: un agujero.

DIEGO.- Para dormir, para comer, para seguir durmiendo.

PAULA.- Para vivir.

DIEGO.- No.

PAULA.- ¿No? ¿De quién son mis tres hijos? ¿Del lucero del alba? Hemos estado juntos toda la vida ya, casi toda. Nos hemos hecho viejos juntos los dos.

DIEGO.- Pero vivir, no.

PAULA.- Algún día será verdad. Algún día esperaremos que amanezca riéndonos y saldremos del brazo, dando voces, y se enterará el mundo de quién es el padre de mis hijos.

DIEGO.- No tener ni una sombra donde sentarse a morder un tallito... Ni una hoja pequeña que me caiga en el pelo. *(Ella le deja caer un poco de yerba)* Nunca tuve suerte. Ni de chico. Una sola vez en mi vida rompí yo la piñata con un palo de escoba. Me cayó en la cabeza y me descalabró.

PAULA.- Tentar a Dios es lo que estás diciendo. Cuántos están criando malvas ahora mismo. Y cae la lluvia encima de la tierra, donde no es, tan siquiera ni bien enterrados. Por esos campos de Dios. Y ahí los tienes. Ni media palabra: muertos, muertísimos. Para siempre. Tú estás aquí conmigo. Alargo la mano y te siento la sangre en la muñeca. Alargo la mano y te siento crecer la barba. Y esta yerba. Y este vino. Y estas malditas moscas. Y este pionono, que te vas a comer ahora mismo, ¿no son gloria bendita? Ay, qué exigentes somos. Vivir, vivir... ¡qué porquería!

DIEGO.- Vivir es cambiar, ser otro y otro, andar en busca de algo. Yo estoy parado. Yo no vivo. No estoy vivo ni muerto. Estoy como muerto, como vivo.

PAULA.- Mejor. Te queda la esperanza de estar pronto de una manera o de otra. No vas a estar como muerto toda la vida. *(Saca una labor y teje)* Y tener una esperanza de algo es siempre muchísimo mejor que conseguirlo. Hay en el mundo tanto jarro de agua fría...

DIEGO.- Eso dice el Kempis.

PAULA.- No, si ese tío no es tonto. Vamos a ver: ¿en qué crees tú que es distinta tu vida de la de un hombre listísimo o de la de un médico del seguro o de la de un titiritero? En nada. Todo es una costumbre que nos va haciendo iguales los días unos a otros.

DIEGO.- Paula.

PAULA.- ¿Qué?

DIEGO.- ¿Para quién es ese jersey?

PAULA.- Para el Nuncio de Su Santidad. *(Sonríe)*

DIEGO.- ¿Cuántos meses llevas con él?

PAULA.- ¡Huy, meses! Si no hace nada que empecé el elástico...

DIEGO.- Lo deshaces de noche, Paula. Te he visto yo.

PAULA.- Qué barbaridad, Diego. ¡Qué mentira más gorda!

DIEGO.- Lo deshaces de noche, Paula. Mira la lana: está rizada.

PAULA.- Porque me equivoqué.

DIEGO.- Lo deshaces para que no me dé cuenta de que pasa el tiempo... A lo mejor si un día dijésemos la verdad...

PAULA.- *(Mira alrededor, como asustada)* Calla, ¿qué sabemos nosotros de eso?. El día que salgamos vamos a hacer una cosa. *(Comienzan el juego)*

DIEGO.- ¿Cuál?

PAULA.- Tengo yo un capricho. *(Misteriosa)*

DIEGO.- ¿Cuál?

PAULA.- Vamos a ir a un sitio que yo sé y vamos a comer... gambas con gabardina. ¿Te gustan a ti las gambas con gabardina?

DIEGO.- No lo sé.

PAULA.- Están riquísimas, ya verás. Y percebes, Diego, percebes. Y de postre, un helado.

DIEGO.- ¿Cómo son los percebes?

PAULA.- No sé, pero son también muy ricos.

MADRE.- Tienes tú que venir. Tienes que decirle a todo el mundo que no te has muerto nunca. Tienes que venir tú, porque a mí no me creen.

PAULA.- El día que podamos salir juntos...

DIEGO.- Nunca podremos, Paula. Estoy yo preguntándome, desde hace mucho tiempo, dónde vas a enterrarme cuando me muera. He pensado, para que sea más fácil, cavar yo desde mañana la fosa en aquel rincón. *(Señala el de la madre. Ante la auténtica depresión insólita de Diego, Paula esta horrorizada)*

PAULA.- ¿Diego! *(El apenas hace un gesto. Ella trata de hacerlo reaccionar como puede)* ¡Vete a hacer puñetas! Nunca he tenido contigo ni un mal modo, Diego. Pero si sigues así te juro que cojo a mi madre y me largo de aquí con viento fresco. Porque tú lo que quieres es atormentarme y decirme maldades para que yo me asuste. Y que mi madre se caiga en la fosa y se parta una pierna. Eres un cabestro, Diego. Y un calzonazos y un gallina *(Sin saber ya qué decir)* ¡Granuja! ¡Hijo de la gran no sé qué! Que siempre te prefieras a ti mismo. ¡Burgués! *(Diego le da una bofetada)* Ay, Diego, menos mal que has hecho algo *(Sigue tejiendo)* ¿Qué es burgués, Diego?

DIEGO.- No sé. Por eso mismo.

PAULA.- Lo he dicho sin intención.

DIEGO.- Está bien. ¿Nos vamos al casino?

PAULA.- No, que luego haces trampas en el dominó.

DIEGO.- Te juro que no.

PAULA.- ¿Por tu padre?

DIEGO.- Por mi padre.

PAULA.- Dilo todo junto.

DIEGO.- Te lo juro por mi padre.

PAULA.- Madre, que nos vamos al casino. En seguida volvemos. *(Se van a un rincón donde hay un cajón, sobre el que ella depositó al llegar una maceta con cuatro o cinco espigas)* Te bajé tu tragal. No has dicho nada.

DIEGO.- Ha crecido tan poco...

PAULA.- Tú ya se sabe: eres de melón y tajada eh mano. *(Como si hablase a alguien, mientras baja la maceta)* Dos copas de coñá. Dos buenas copas. Hoy es nuestro aniversario de bodas, ¿sabe usted? *(Las trae y sirve)*

DIEGO.- Esto no es el casino. ¿Por qué no nos decimos la verdad?.

PAULA.- ¡Calla! *(Da fichas)* El seis doble.

MADRE.- Me están sonando las tripas.

DIEGO.- Con tu madre ahí, nadie puede creerse que esto sea el casino.

PAULA.- ¡Te he dicho que te calles! ¿Qué va a ser de nosotros si empezamos a pensar que esto no es casino?. Pon. *(Le mira descaradamente sus fichas.)* ¿Por qué pones esa, si tienes el seis cuatro? *(Él había puesto el transistor un momento antes.)* ¿Qué es lo que te pasa? Ah, la música. Ya me parecía a mí que tú no eras el mismo. O música o dominó. *(Apaga.)*

DIEGO.- Es igual. Todo es pasar el tiempo. Irlo matando o irse dejando matar.

MADRE.- En un verde prado tendí mi pañuelo. Crecieron tres rosas como tres luceros.

PAULA.- La alboreá. Sería a estas horas la primera noche. La primera vez. Tú no te acuerdas. Fuiste el primer hombre que me puso una mano encima, el primero que deshizo mi cama. Hay novias a las que preparan sus madres y las lavan muy rebién y les ponen agua de nardos en la pechera. Desde los quince años nos sientan a coser el ajuar, dejando vacío el sitio de las iniciales. Mantelerías, toallas, embozos, mudas blancas... Te gané. Invítame. Tú cómo te llamas de apellido, Diego?.

DIEGO.- Ramírez.

PAULA.- Y yo Marín. La eme y la erre, ¿ves? Las dos letras de la palabra «amor».

DIEGO.- Amor. *(Se ríe.)*

PAULA.- No sé de qué te ríes, so zanguango... Y las casan y va todo el pueblo a la boda y se hacen un retrato donde salen fatal. Y luego las acuestan con el novio en una planta baja y a cada cuarto de hora llaman los invitados a la ventana y los novios tienen que darles peladillas y dátiles. Aquí no hubo ni una azufaifa, ni un piñonate, ni una peladilla. Mejor. No nos molestó nadie. Los dos aquí, debajo de los trenes, solos en mitad de la noche.

DIEGO.- Sí, escuchando los alaridos de tu madre y creyendo que esa iba a ser la última noche de mi vida.

PAULA.- Nadie sabía nada: fue la primera de la nuestra. Veintisiete años y parece ayer.

DIEGO.- Te parecerá a ti.

PAULA.- A mí, sí. Te estoy viendo llegar. Acababa de pasar un tren correo. Aquellos días pasaban muchos trenes sin avisar, cuando estabas pensando en otra cosa. Cómo me iba yo a imaginar que mi hombre me iba a venir así, de pronto, estando distraída, sin haberlo visto venir camino adelante, sin que el corazón me hubiese dado un vuelco. Las cosas. ¿Qué fue lo que dijiste?.

DIEGO.- ¿Está usted sola?.

PAULA.- ¿Me llamaste de usted? *(Ríe.)*

DIEGO.- Sí. Y tú a mí también.

PAULA.- Qué risa. Coge tu fusil, Diego. *(De alguna parte, él saca un fusil mohoso.)* Vuelve a empezar.

DIEGO.- ¿Está usted sola?.

PAULA.- Sí.

DIEGO.- En ese tren se han subido soldados. Van a pedirme mis papeles. No llevo. Necesito esconderme.

PAULA.- ¿Por qué?.

DIEGO.- Me encontrarán. Me fusilarán.

PAULA.- Pero, ¿quiénes?.

DIEGO.- El enemigo.

PAULA.- ¿Qué enemigo?.

DIEGO.- Los otros. Los otros. Ellos. Escóndame.

PAULA.- No puedo. Tengo a mi madre enferma. Tienen que verla. Tienen que curarla.

No puede ser. De verdad.

DIEGO.- Van a matarme. Tengo mucho miedo. Estoy cansado. No puedo más. No he comido desde hace cuatro días... Me he tenido que tirar en marcha de ese tren. Me he herido la rodilla.

PAULA.- ¿Está cargado ese fusil?

DIEGO.- Sí.

PAULA.- Pues bájelo entonces, no vaya a ser que me pegue usted un tiro... Yo creí que me estabas amenazando, pero no: tú bajaste el fusil. Pase usted. Coma usted de lo que haya. Descanse usted esta noche. Mañana, más tranquilo, se va usted donde pueda. Aquí no le conviene quedarse. Pasan tantos soldados en los trenes... Y comiste. Y bebiste. Y te dormiste encima de la mesa. (*Hacen los gestos.*) Yo, cosía la ropa... (*Pausa.*)

MADRE.- ¡Dionisio! ¡No! ¡No! (*Diego se despierta.*)

PAULA.- Lleva así cuatro días. Desde que el cura vino a traerle una carta.

DIEGO.- ¿Era el padre de usted?

PAULA.- (*Seca.*) No, no era nada mío. Ni de ella.

DIEGO.- ¿Entonces? (*Ella se encoge de hombros.*) En las guerras pasan cosas... ¿Usted es casada?.

PAULA.- No. ¿Y usted? No me lo diga. No me importa (*Se miran a los ojos.*)

DIEGO.- Por la noche, en el frente, cuando hay estrellas, mientras uno piensa que la metralla lo va a despanzurrar...

MADRE.- No te apures por mí, yo estoy segura. No se me apaga, no se me apaga el corazón.

DIEGO.- ¿Qué dice?

PAULA.- Cosas que ya no entiende, de una manera que nadie entiende ya.

DIEGO.- ¿Y usted está sola con ella?

PAULA.- Sí. No hay médicos. Yo no puedo abandonar la estación. Cuatro días así. Viene el cura algún rato, pero se cansa... Cuatro días con esos gritos dentro de las orejas...

DIEGO.- Igual que yo.

PAULA.- También yo estoy cansada.

DIEGO.- Duerma usted un poco. Cuando amanezca yo la avisaré. O si algún tren...

(Paula duda.) ¿No tiene confianza en mí?

PAULA.- Sí... Y entonces fui yo quien se durmió. *(Hace el gesto. El la ve dormir.)*

MADRE.- «Volveré. Volveré.» ¿Por qué no vuelves? Tú no tenías derecho a morirte igual que los demás. *(Diego alarga la mano y acaricia la sien de Paula, que despierta. Se miran.)*

DIEGO.- No sabe usted qué hacer, ¿no? *(Ella niega con la cabeza.)* Yo, tampoco. ¿Tiene usted miedo? *(Ella afirma.)* Yo, también. *(Le pasa un brazo por el hombro.)* Ya veremos mañana.

PAULA.- Tenías miedo, pero fuiste un hombre. Y mañana nos amaneció despiertos, solos.

DIEGO.- Igual que luego todas las mañanas: cada día más solos, pero menos despiertos. *(Pita un tren.)*

PAULA.- *(En la realidad ya.)* El descendente. No voy. Estoy mejor aquí. Tú me necesitas más que esos viajeros. Ellos ya llegarán a su destino. Y si no, que les den dos duros. Tú ya llegaste. Tu destino era yo. Mi destino eras tú... Y ni siquiera te he vuelto a preguntar si eres casado. *(Mirada.)*

DIEGO.- Vamos.

PAULA.- *(Leve resistencia tímida y fingida.)* Diego.

DIEGO.- *(Excusándose.)* Siempre lo hemos hecho así. *(Se aparta.)*

PAULA.- Ya lo sé. Vamos.

DIEGO.- Si no quieres...

PAULA.- Sí. *(Va hacia su cortina, deshaciéndose el peinado, desabrochándose el traje. Pírido de tren. Ladridos. El tren arranca. La noche.)* Tapa el espejo, Diego, y ven. *(Diego ha prendido el transistor y pone el oído junto a él. Pausa. Aparece Paula con enaguas.)*

PAULA.- ¿Para qué habré yo traído eso? Ya hemos metido al enemigo en casa.. *(Se miran. Paula, dominante, desconecta la radio. Se va, seguida de Diego, tras la cortina.)*

MADRE.- Niños, niños. *(Pausa. Con otro tono.)* ¡Adúlteros, adúlteros!

SEGUNDA PARTE

(Últimas horas de una mañana de noviembre) (Tomás asoma unos segundos y tira adentro, en el escenario derecho una carta. Paula, que estaba atareada de espaldas, lo nota, se asoma. Diego, en la izquierda, tumbado, escucha su transistor)

PAULA.- ¡Te pillé, Tomás, patituerto! No corras tanto, hombre, que se te va a partir la pata de palo. *(Ríe.)* En vez de dejarme las cartas, dime: la segunda, la octava, la décima. Si ya me las se todas de memoria. «Distinguida señorita». *(Ríe.)* Cómo es, Dios mío. Cómo es este hombre. *(Casi besa la carta. Se la guarda en el pecho.)* Si no fuera por él... Después de todo, es lo único que tengo de verdad.

MADRE.- Venías de noche. Yo te esperaba todas las noches. Llegabas tú, me quitabas la camisa. Me matabas, me matabas. Ay, qué muerte tan chica. Ahora es de noche..., ven *(Cierra los ojos apretadamente)* Ven ya... *(De repente)*

Ay, la mariquita de San Antón
me está mordiendo los dedos
del corazón. *(Haciendo aspavientos)*
¡Quita, quita, quita! ¡Dionisio!

PAULA.- *(Abriendo el portillo, baja y lo deja abierto, cosa que nunca hizo hasta ahora)* Me estáis deshabituando con tanta escarapela. *(A Diego, que está tumbado en el suelo, cerrados los ojos y en actitud durmiente)* ¿Por qué no la entretienes tú? ¿Qué haces durmiendo a estas horas? Luego de noche no hay quien te haga pegar un ojo. ¿Es esto una casa, Dios mío? *(Cortando la radio, que estaba a gran potencia)* ¿Es esto vida desde que entró aquí esta cochina radio? Di, ¿es vida este revolú?

DIEGO.- *(Muy tranquilo.)* La cartilla dice que el perro es el mejor amigo del hombre. Mentira: el hombre no tiene amigos...

PAULA.- Pero la mujer, sí, gracias a Dios. Me tenéis aburrida. Una buena tarde me voy a caer muerta.

DIEGO.- El perro no habla, pero ladra. Y el sol, no. No molesta. Lo único que hace es calentar. Estoy tomando el sol...

PAULA.- Déjate de comiquerías y ordena esta balumba.

DIEGO.- No te oigo.

PAULA. ¡Qué feliz soy! Me crujen todas las coyunturas. *(Desperezándose)* Las rodillas, los codos, la cintura...

OJO FALTA ALGO AQUÍ

PAULA.- Si yo no quiero, no lo puedes tomar. Si yo no te lo cuento, no sabes lo que pasa.

DIEGO.- Ya no te necesito... Hay nubes y, de vez en cuando, me cae una sombra en la

cara. Siento el sol... y la nube. El sol... y la nube. (*Espantándolos*) Y hay mosquitos. Muchísimos mosquitos.

PAULA.- ¡Aspavientos! ¿Por qué sabes que la nube es una nube y no una manada de mosquitos? (*Desafiante*)

DIEGO.- Porque no se dice «manada de mosquitos». Ah, las hormigas. Me molestan, me corren por los brazos, pero yo las dejo correr... ¡Qué bien...! Esa yerba que pincha, ¿cómo se llama?

PAULA.- (*Seca.*) No sé.

DIEGO.- Sí lo sabes: ortiga.

MADRE.- (*Con ganas de fastidiar*) ¡Es de noche!

DIEGO.- (*Como un niño, de nuevo.*) Me ha pinchado... ¡Qué bien! ¿y esa cosa verde, que salta y tiene patas largas y con una sierra? Di.

PAULA.- Arroz con leche.

MADRE.- Yo veo dos tórtolas, una encima de otra aleteando y coleando. Están trayendo niños... ¿se dice así...? O mordiéndose. Qué primorosas son...

DIEGO.- Las tórtolas no muerden. (*La Madre ríe.*) Qué rico está el sudor.

MADRE.- (*Ida*) Qué cuello tan ancho tienes. Y qué bien plantado, Señor. Toda mi vida, toda mi vida es llenarlo de besos...

DIEGO.- (*Cruel*) Está muerto. (*Madre ríe*)

PAULA.- Oye, (*Sagaz*) ¿y a esa ardilla? ¿Ves a esa ardilla, comiéndose una avellana? ¡Qué glotona!

DIEGO.- (*Preocupado, pero sin abrir los ojos.*) Nunca me habías dicho nada de esa ardilla. No, no la veo.

PAULA.- (*Muy dañina, vengándose.*) ¿Por qué?

DIEGO.- (*En un hallazgo.*) Porque tengo los ojos cerrados. ¿Es que no te das cuenta?

PAULA.- (*Tentadora.*) Ábrelas, ya verás cómo te la encuentras.

DIEGO.- No quiero. Estoy mejor así, como andando por encima de nubes.

PAULA.- ¿Es que has andado alguna vez por encima de nubes?

DIEGO.- Sí, ¿qué pasa?

PAULA.- (*Vencida.*) Nada, era una curiosidad. Sigue tomando el sol. Te doy permiso.

(Ríe Diego)

MADRE.- Es de noche.

DIEGO.- ¡No quiero!

MADRE.- ¡Cobarde! ¡Cobarde!

DIEGO.- *(Incorporándose)* A Dionisio le pegaron veinte tiros, uno detrás de otro. Lo dejaron como un pingo, con las patas abiertas.

MADRE.- *(Muy tranquila)* No.

DIEGO.- Los sesos se le salían por un ojo. Las moscas se los comieron.

MADRE.- ¡Borracho, borracho!

DIEGO.- Unas moscas azules. Yo las vi.

MADRE.- Estabas tan vivo que no puedes estar muerto.

DIEGO.- Y reventó cuando la guerra había terminado. Cuando ya no hacía falta reventar.

MADRE.- Ven y mátalos a todos, Dionisio.

DIEGO.- ¡Cobarde, cobarde! *(A un tiempo)*

MADRE.- ¡Mentira!

PAULA.- ¡Callad! *(Gritando, harta.)* Ahora es de día, pero está nublado.

DIEGO.- Hace un rato dijiste que hacía sol.

PAULA.- Pero se ha ido. Igual que haré yo.

DIEGO.- Al fin y al cabo, ¿qué me importa a mí lo que haya fuera? Cuando me da la gana, me tumbo y tomo el sol. *(Lo hace.)*

PAULA.- Me iré. Una mañana os dejaré solos y me iré. Abriréis los ojos, creeréis que estoy arriba y me habré ido para siempre. *(Pequeño llanto de la Madre. A Diego)* Estoy harta de oír a cada minuto el mismo ron con son. *(Por el transistor)* Y la culpa es de estas otras voces, de esta otra... música. Tras de cuernos, penitencia.

DIEGO.- Pues, ¿por qué no me deja ella tomar el sol?

PAULA.- ¿Por qué no la dejas tú a ella acostarse con Dionisio?

DIEGO.- Yo no empecé.

PAULA.- Lo que importa es saber quedarse solo entre cuatro paredes. *(Otro tono, para distraer a Madre)* Madre, écheme usted las cartas. *(Saca un mazo.)* ¿Se acuerda cuando se las echaba usted a la gente del pueblo? Buenos pollos que se ganaba, ¿eh? *(Ha barajado, va sacando.)* Mirad. Una mujer rubia que se casa con un caballero moreno. Yo. Disgustos. Pero mucho dinero. Huy, qué alegría. Un señor mayor se mete por medio.

MADRE.- Quiero ponerme una flor en el pelo.

PAULA.- Oros. *(Otra.)* Ay, no me gusta ésta.

DIEGO.- ¿Cuál era?

PAULA.- No te lo digo.

MADRE.- Una vez yo me puse flores en el pelo.

DIEGO.- ¿Cual era?

PAULA.- El tres de espadas. Madre, tenga. Échemelas a mí.

MADRE.- *(Cogiendo el mazo y tirándoselas a la cara a Paula)* Ya están echadas. A la cara, a la cara. No hay sol, no hay luna. Yo no quiero verlos. *(Muy suavemente.)* Dionisio... es de noche y no hay luna. *(Va saliendo.)* Y anoche tampoco viniste.

PAULA.- *(Recogiendo los naipes.)* El cartero me ha dado una carta.

DIEGO.- A verla.

PAULA.- *(Enseñándole una.)* De Manuel. ¿Por qué no dices que huele a arriba, como siempre?

DIEGO.- El sobre esta viejo. Es la misma de todas las semanas.

PAULA.- *(En voz baja.)* Tengo miedo. ¿Qué esta pasando aquí?

DIEGO.- Además, sé muy bien que la escribiste tú.

PAULA.- No digas eso. Mañana te arrepentirás de haberlo dicho.

DIEGO.- No. Sé distinguir las letras.

PAULA.- Si la hubiera escrito yo hubiera puesto cosas para ti, ¿no comprendes? Abrazos o recuerdos... para hacerte feliz.

DIEGO.- No los pusiste para que yo creyera que no la habías escrito tú.

PAULA.- *(Rompiendo la carta.)* Mira lo que has hecho.

DIEGO.- *(Asustado.)* ¿Por qué no has seguido diciendo que era de Manuel?

PAULA.- Porque estoy harta ya.

DIEGO.- Eres un bicho, Paula.

PAULA.- No soy un bicho. Es que estoy ya cansada de engañarte.

DIEGO.- No me engañabas. Yo sabía que era un juego.

PAULA.- Por eso. No se bromea con un juego. Se puede bromear con muchas cosas. Hasta con la muerte se puede bromear. Pero no con el juego, porque entonces... no hay juego. Se acabó. Y lo único que nos iba salvando era jugar muy seriamente. ¿Qué va a ser ahora de nosotros? (*Está anonadada.*)

DIEGO.- (*Consolándola.*) Cuando salgamos de aquí te compraré un sombrero azul... ¿Me oyes? ¿Me oyes, Paula?

PAULA.- Sí. (*Lejana.*)

DIEGO.- Entonces, ¿por qué no me dices, como siempre, que lo prefieres rosa?

PAULA.- (*Cansada*) No; hoy lo prefiero negro.

DIEGO.- ¿Negro? (*En el colmo del asombro.*)

PAULA.- Si, también el negro es un color.

DIEGO.- No me gusta. A ti te sienta mejor el azul pálido... No te distraigas, Paula. (*Sigue el juego.*) ¿Cómo es el azul pálido?

PAULA.- (*Desganada.*) Como mis ojos.

DIEGO.- Son bonitos. ¿y los míos? ¿De qué color son los míos? Hoy no me dices nada...

PAULA.- Son como el turrón de guirlache. (*Pausa. Subrayando.*) Como el que traje para Navidad.

DIEGO.- Eso no lo habías dicho nunca... ¿Cuándo ha sido Navidad?

PAULA.- Varias veces estos últimos años.

DIEGO.- ¿Por qué no me avisaste?

PAULA.- Para que no te desazonaras. Tú de cualquier cosita haces un mundo. ¿No tenías tu cochambroso calendario...? El veinticuatro de diciembre, por la noche, solía ser Navidad... (*Lejana.*)

DIEGO.- Pero tú te callaste. Me acuerdo yo que entonces...

PAULA.- En cambio bajé turrón de guirlache.

DIEGO.- (*Pensativo.*) Comíamos un pavo blanco y gordo. Comíamos tanto, que no podíamos levantarnos de la mesa hasta después de hacer la digestión.

PAULA.- (*Celosa de la vida anterior de Diego.*) ¿Quiénes no podíais? ¿Quiénes hacíais la digestión?

DIEGO.- Yo y otra gente... Tu no los conoces... Antes, en otro sitio...

PAULA.- ¿Dónde?

DIEGO.- En otro sitio. En alguna parte... (*Vago.*) No me acuerdo ya bien.

PAULA.- ¿Y yo no estaba allí?

DIEGO.- No, Paula. Tú no estabas.

PAULA.- (*Congraciándose.*) Pues aquí todavía hay guirlache. ¿Quieres un trozo? (*Va a buscarlo.*)

MADRE.- Dicen que Santa Teresa
cura a los enamorados.
Santa Teresa es muy buena
pero a mi no me ha curado.

DIEGO.- No queda. Se lo guardó tu madre en el delantal.. Y aunque quedara, no querría. Quiero tomar el sol. Si se come turrón vienen muchas hormigas.

PAULA.- Si a ti te gustan las hormigas...

DIEGO.- Ya, no.

PAULA.- Lo que te ocurre... (*Alegre porque ha encontrado la solución: otro juego habitual*) Lo que te ocurre es que estás como don Tello.

DIEGO.- (*Cayendo en la trampa.*) Como don Tello, ¿qué? Sigue

PAULA.- (*Despectiva otra vez.*) Ya lo sabes de sobra.

DIEGO.- Pero me gusta oírtelo decir. Como don Tello...

PAULA.- Cuando le salió el vello.

DIEGO.- Que por cada pleito...

PAULA.- Daba un chillidito. (*Reacción.*) No puedo más. Me voy a volver loca.

DIEGO.- (*Encantado*) Así, así. Ya sabes que, por las mañanas, tenemos que pelearnos. Si no, luego no podríamos hacer las paces para dormir juntos.

PAULA.- No me acordaba. Ya no sé lo que tengo que hacer y lo que puedo hacer. He

dicho las mismas tonterías tantas veces, que ya las digo de verdad, sin acordarme de que es que tengo que decirlas... Como si pudiera hacer algo distinto. No sé nada. No sé...

DIEGO.- *(Conecta la radio. Música leve.)* Yo tenía un columpio colgado de una encina. La primera vez que la besé fue debajo de esa encina...

PAULA.- *(Agotada.)* ¿A quién besaste, Diego?

DIEGO.- Te digo que fue antes. Tú no estabas.

PAULA.- ¿Qué es lo que he hecho de malo? Antes yo era la misma que ahora. Veintisiete años lo mismo. Peor que ahora quizá. Y me querías ¿Qué ha sucedido aquí? Si estamos solos, ¿qué puede haber pasado?

DIEGO.- El tiempo, Paula. El tiempo y que no estamos solos ya. ¿No oyes? *(Por la radio, que Paula corta.)*

PAULA.- Pues yo con mi madre me entiendo muy bien.

DIEGO.- Porque no hablas con ella.

PAULA.- Sin embargo, contigo, ahora, aunque estuviese hablando todo el día no llegaría a entenderme.

DIEGO.- Porque tú y yo siempre hablamos de otras cosas.

PAULA.- ¿De cuáles?. Dime.

DIEGO.- Ni de tí, ni de mí; de cosas. Lo peor son las cosas. Nos confunden... ¿Por qué no acabamos de mentir de una vez?

PAULA.- No es mentir lo que hacemos. Es intentar vivir. Otras gentes lo intentan de otro modo. Hay tantos modos de no decirse la verdad... Tócame, Diego... ¿Te gusta tocarme todavía?

DIEGO.- No sé. Como no hay otra... Tu madre nunca me ha gustado.

PAULA.- ¿Te he dicho algo malo, Diego? ¿No te lo he dado todo? ¿Qué vida tienes tú, aparte de la que yo te he ido contando?

DIEGO.- *(Airado.)* No vuelvas a decir eso otra vez. *(Atención.)* Sssss.

PAULA.- ¿Qué pasa?

DIEGO.- El de arriba. El guarda. Te has dejado abierta la trampilla.

PAULA.- ¿En qué lo conoces?

DIEGO.- Las pisadas.

PAULA.- No puede ser. Lo he visto meterse en su garita.

DIEGO.- Sssss. *(Se oculta, mientras, en efecto, Tomás aparece arriba.)*

TOMÁS.- Paula, Paula.

MADRE.- Cucú, pasó una señora
Cucú, con falda de cola.
Cucú, pasó una criada
Cucú, llevando ensalada...

TOMÁS.- Paula. *(Se asoma por la trampilla, Paula mira a Diego.)*

PAULA.- *(Enloquecida.)* Fuera de aquí. ¿Qué viene usted buscando? Esta es mi casa. Esta es mi bodega. Fuera. *(Tomás ha retrocedido algo, asombrado.)* Los de arriba, arriba. Los de abajo, abajo. ¿O es que no nos van a dejar ya ni pudrirnos?

MADRE.- *(Que se asoma)* No me mire «usté» así, don Rufino, pájaro negro. ¡Ay! *(Se oculta de nuevo)*

PAULA.- *(Mientras sube)* ¡Fuera! *(Cierra la trampilla)* ¿Por qué has venido?.

TOMÁS.- *(Al notar el cambio de tono)* Qué susto.

PAULA.- Tú te lo has buscado. ¿Quién te manda meterte en camisa de once varas? Te tengo dicho que por esa trampilla no puede mirar nadie. Es lo mejor. Hay cosas que no se deben ver... Cada día que pasa está peor.

TOMÁS.- Pero ¿muerde?.

PAULA.- Naturalmente. Sobre todo, de día. A los extraños, siempre, pero sobre todo de día.

TOMÁS.- No sé como tienes valor para quedarte a solas con ella.

PAULA.- Es mi madre, ¿no? A estas horas no vienes nunca, ¿qué pasa?.

TOMÁS.- Es que se me ha caído un botón del uniforme.

PAULA.- ¿Y no pudiste esperar?

TOMÁS.- Mujer... las ordenanzas.

PAULA.- Venga esa chaqueta. *(Comienza a quitársela.)*

TOMÁS.- *(Tímidamente.)* ¿Leíste la carta? La de hoy no era del libro. Me salió a mí solo, de pronto.

PAULA.- No... Este botón lo has cortado tú, con tu navaja.

TOMÁS.- *(Confuso)* También venia para traerte este obsequio. *(Es una hermosa naranja)* La acabo de comprar. *(Se la da)*

PAULA.- *(Mientras se sienta y se organiza para coser.)* Qué hermosa es. Parece de plástico. ¿Es de plástico?

TOMÁS.- No. Es de naranja.

PAULA.- Pues parece de plástico. La guardaré para Die... para comérmela abajo.

MADRE.- Dionisio, mátalos. *(Diego, horrorizado, la sisea.)* Ábrelos en canal y échales arena dentro.

DIEGO.- *(Le tapa la boca, casi estrangulándola.)* Calla, calla o te mato. *(La Madre corre, como un animal, hacia su habitación)*

PAULA.- ¿Lo oyes? Es una pesadilla. *(Decidida.)* Tengo hambre. Voy a comerme la naranja ahora mismo, yo sola. *(La pela, va comiendo y cosiendo)* Desde aquí arriba no se puede creer lo de ahí abajo... La gente que está así, como yo estoy ahora, sentada en una silla baja de anea, comiendo su naranja a este solecito de noviembre, cosiendo, cosiendo... Esa gente no se lo puede creer... ¿Cómo te gusta?.

TOMÁS.- ¿El qué?

PAULA.- El cosido.

TOMÁS.- Resistente.

PAULA.- *(Maliciosa.)* ¿Para que lo vuelvas a cortar con la navaja? Digo si cruzado o sin cruzar.

TOMÁS.- Como quieras, Paula. *(Le pone una mano sobre el hombro.)*

PAULA.- Habrá muchas mujeres ahora mismo en el mundo cosiendo como yo. Una puntada, otra puntada... ¿Un gajo de naranja? *(Tomás lo acepta.)* Y tendrán hijos a su alrededor de padre conocido y hasta una mano encima del hombro.

TOMÁS.- Ya que no quieres tenerla en otro sitio.

PAULA.- Tomás que yo tengo una mano en el hombro, pero tú la vas a tener en la cara.

TOMÁS.- Si tú quisieras, tu casa, tu buena cama, tu no hacer nada, tu manicomio para tu madre, tu de todo.

PAULA.- No me lo digas mucho, que el día menos pensado te digo que si y te da un titiyote.

TOMÁS.- *(Avanzando la mano.)* ¿Por qué no probamos?

PAULA.- ¿A qué? ¿A estarnos quietos? (*Tomás se inclina y la besa el hombro, cerca del cuello*). Siempre he soñado con que alguien me besara en un hombro de esa forma... No sé por qué. Hace tan gran señora que la besen a una un hombro así... (*Suspira, llevando el ritmo con la costura.*) De arriba abajo, de abajo arriba... No: arriba, arriba... Las otras estarán haciendo sus vainicas y sus bodoques con hilo blanco sobre tela blanca, que queda muchísimo más fino... Y sus filtirés... ¡Remoño, me pinché!

TOMÁS.- ¿Es sangre eso?.

PAULA.- No. Es horchata de chufas.

TOMÁS.- ¿Me dejas que te chupe el dedo? (*Lo hace*) Qué dulce está tu sangre.

PAULA.- Gracias, Drácula. Tu naranja también estaba dulce... ¿Por qué hacemos lo que hacemos, Tomás?.

TOMÁS.- (*Asustado*) Pero, ¿qué hacemos?.

PAULA.- Nada. Si no sabemos por qué, no hacemos nada, yo creo que lo que nos pasa es que tenemos hambre.

TOMÁS.- ¿Quién?.

PAULA.- Todos. Comemos, se nos calienta un poco la barriga y no nos acordamos ya de nada. Nos entra un sueño, un sueño, y hala, hasta mañana. Y así otra vez, hasta el final. Hasta que vamos entrando en vía muerta... No hay que tomar las cosas muy a pecho.

TOMÁS.- ¿Qué cosas?

PAULA.- Las cosas. Todas, que pareces idiota.

TOMÁS.- Es que te expresas de un modo...

PAULA.- Yo sé lo que me digo. Se acabó. Ahora, ahorcarlo y cortarle la tripa con los dientes. Se acabó. Ahí va. (*Le tiende la chaqueta.*) Cómo vas a entenderme con tanto galoncillo y tanto sombrero «colorao» y tanto botón en la guerrera. Hay que estar muy en cueros, Tomás, pero que muy en cueros para enterarse de algo.

TOMÁS.- (*Ademán de desnudarse.*) Qué más quisiera yo.

PAULA.- Quieto, león. (*Le ayuda a ponerse la chaqueta.*) El acerico a su caja de carne de membrillo; tú, a lo ancho de la calle, y yo...

TOMÁS.- ¿Y tú?

PAULA.- ¿Yo? A arrepentirme de haberme comido sola la naranja. Ya ves tú si soy tonta. Anda con. Dios.

TOMÁS.- El ascendente trae hoy una hora y media.

PAULA.- ¿Qué me vas a decir? Ya sé yo que ascender es mucho más difícil. *(Lo empuja. Sale Tomás. Ella lo ve alejarse. Tiene un gesto de duda. Abre la trampilla. Baja. La cierra con un gancho. A Diego, al que descubre tras la cortina, horrorizado.)* ¿Qué te pasa?.

DIEGO.- ¿Se ha ido ya?.

PAULA.- Si, pero ¿qué te pasa? estás atarantado.

DIEGO.- Podía haberme visto.

PAULA.- No te ha visto. Quizá hubiese sido preferible. Así hubiéramos terminado de una vez.

DIEGO.- ¿Por qué dices eso? Estás deseando que me cojan. Estás deseando que me encuentren. *(Es preso de una tremenda excitación.)* Me vas a denunciar. Me vas a denunciar Me has denunciado.

PAULA.- *(Muy serena, le da una bofetada.)* No.

DIEGO.- *(Tranquilizado.)* Has comido naranja. Te la ha dado él, ¿no?.

PAULA.- Sí.

DIEGO.- Me has vendido por una naranja.

PAULA.- No. Todavía, no.

DIEGO.- Pero lo harás.

PAULA.- Creo que no, Diego. Sin embargo, un día lo haré.

DIEGO.- Si yo pudiera salir, también te daría naranjas. Arriba, dar naranjas no es nada, no quiere decir nada...Si yo tuviera aquí, ahora mismo, una sola naranja para toda la vida, te la daría también... La mitad por lo menos.

PAULA.- *(Enternecida un momento.)* Ya lo sé. *(Busca algo.)* ¿Dónde has puesto la radio?.

DIEGO.- *(Señalándose el bolsillo.)* Aquí.

PAULA.- *(Rebelde.)* Es mía. Dámela. Si no puede ser de los dos, es sólo mía.

DIEGO.- *(Seguro.)* No; es mía nada más. *(Una breve lucha por la radio. Paula, empujada, cae al suelo. Está extrañada sobre todo.)*

PAULA.- Nunca te había visto así.

DIEGO.- Nunca me has visto de ninguna manera. Me has inventado, pero no me has

visto.

PAULA.- Ya no. lees el Kempis, ya no haces más que oír, oír... Si tanto quieres la radio, te la vuelvo a regalar. Es tuya, Diego.

DIEGO.- Ya lo sabía... Anoche la puse un poco. Sólo un poco. Mientras tú dormías. Muy bajito. Ni siquiera te diste cuenta... Oí una voz, pero tan bajita que no entendí lo que decía... Decía que todos los que habíamos estado en la guerra podíamos salir arriba, volver, ¿te enteras? Con los demás, como si tal cosa, y comprarte un sombrero azul.

PAULA.- Está bien. Siempre andas esperando lo mismo. Arriba, arriba: ni que fueses un globo. No habrá sombrero azul. Ni rosa, Diego. Ni de ningún color. Y yo, me alegro... Más vale que me ayudes a organizar esta zahurda. Barre, anda, mientras yo friego los cacharros. O afeitáte, que buena falta te hace...

DIEGO.- ¿Para qué?.

PAULA.- ¿No leíste que el señor ése que vivía solo en una isla, se afeitaba casi todos los días?.

DIEGO.- Barrer, afeitarme. Como el puñado de tierra que le diste a Manuel el día que se fue. (*Escupe en el suelo.*) Esas cosas se quedan para los que salen y entran, y se mojan y les da el sol en la cara.

PAULA.- ¿Ah, sí? ¿y para ti qué se queda?

DIEGO.- Pensar sólo en salir y entrar, y mojarme y que me dé el sol en la cara. (*Se miran frente a frente.*)

MADRE.- Alégrate, corazón, aunque sea por la tarde. Corazón que no se alegra nunca cría buena sangre.

PAULA.- Prefiero no hablar más. (*Va a limpiar alguna cosa.*)

MADRE.- Me gozó. Me gozó y lo gocé. No hicimos otra cosa que gozarnos. En la misma cama donde murieron mi madre y mi marido. Era como un pomelo: amargo y dulce. Ya no hay hombres así. Esta noche vendrá y os moriréis de envidia. Flojos, dátiles secos, sin sustancias. (*Ríe y se esconde. Sale*) Espanta pájaros. (*Se esconde de nuevo.*)

DIEGO.- (*Que ha conectado el transistor*) Ayer oí cómo decían lo de la guerra. Que Dios nos perdonaba. Lo oí muy claro.

PAULA.- Sí, Diego, sí. Yo también lo oí. (*Con retintín*) ¿Y de qué guerra hablaban?.

DIEGO.- De la guerra.

PAULA.- Pero, ¿de cuál? Que siempre estáis pensando que no hubo más guerra que la vuestra.

DIEGO.- (*Cortado*) Eso, ya no lo sé. (*Triste*) No hay remedio, no hay remedio.

PAULA.- (*Volviendo a reencontrar al Diego de antes*) ¡Diego! ¿Por qué no bailamos?

DIEGO.- ¿Bailar? No puede ser bueno.

PAULA.- Sí, hombre. En tanto tiempo, nunca me has llevado a un baile.

DIEGO.- Si quieres... (*Se acerca*)

PAULA.- Espera que me arregle un poco, que estoy hecha una facha... (*Va a hacerlo*)

MADRE.- Madre mía, si me muero
no me entierren en sagrado.
Miau, miau, marramiau...
Dejen mi cabeza fuera
con el pelo bien peinado.

PAULA.- (*Arreglándose*) A mí, lo que más me gusta es el vals. ¿y a ti?

DIEGO.- A mí me gustaba mucho el huevo hilado.

PAULA.- Digo de bailes, hombre.

DIEGO.- No sé. Yo tuve poco tiempo.

PAULA.- ¿Sí? ¿Qué hacías?

DIEGO.- Pues... lo que se suele.

PAULA.- ¿Qué se suele?.

DIEGO.- Trabajar, descansar, trabajar, descansar, trabajar...

PAULA.- ¿Para!.

DIEGO.- Lo pasábamos más bien...

PAULA.- ¿Y después?.

DIEGO.- Después ya, pegar tiros.

PAULA.- Digo los domingos.

DIEGO.- Jugaba al mus.

PAULA.- Qué soso, ¿nada más?

DIEGO.- Y al billar.

PAULA.- (*Con malicia*) Pero ¿no hacías más que jugar?

DIEGO.- Paseaba... *(Hay una suave música)* Paseaba por una acera ancha, llena de árboles anchos...

PAULA.- Diego. *(Él está ausente)* Deja de pasear, caramba... ¿Ibas solo de paseo?.

DIEGO.- *(Baja los ojos)* No me acuerdo.

PAULA.- *(Provocadora)* Yo, sí yo tuve un novio que me abrazaba contra los almiares. El pelo se me quedaba enredado de bálagos. Un día, dentro del río, bañándonos, me entró un temblor tan grande que por poco me ahogo... Él me salvó y me tendió a secar ¿No te da rabia lo que te estoy contando?

DIEGO.- Yo entraba todas las noches en su habitación. Ella se hacía la dormida. Dejaba abierta la puerta y yo pasaba. Durante mucho tiempo, por el día, no hablábamos de nada. Ni nos mirábamos. Como si no nos conociéramos. Y de noche, tampoco. Nos bebíamos sólo. Nos bebíamos.

PAULA.- ¿Quién era ese zorrón «desorejao»?

DIEGO.- No me acuerdo.

PAULA.- No importa. Lo de fuera no existe. No existió nunca. Vamos.

DIEGO.- ¿Adónde?

PAULA.- A bailar. *(Da unos pasos de baile muy torpes)* Vals, mazurca, polca, rigodón. Sácame.

DIEGO.- Pero ¿de dónde? Esto no lo hemos hecho nunca, Paula.

PAULA.- Vamos, baila.

DIEGO.- Si no sé.

PAULA.- Ay, qué calamidad. Ven, yo te llevaré. *(Bailan unos compases)*

MADRE.- Adúlteros, adúlteros. *(Se detiene la música)*

PAULA.- Al primer tapón, zurrapa. También hace falta cenizo. *(Mueve la manija del transistor)*

VOZ DEL LOCUTOR.- Como anunciábamos en el extracto de anoche, leeremos a continuación el texto del decreto, que es el siguiente... *(Cambia Paula la estación. Música)*

DIEGO.- *(Gritando)* Déjalo. Era esa voz. Era esa voz. *(Vuelve, tras unos balbuceos la voz del locutor)*

VOZ DEL LOCUTOR.- ...En su reunión del día 28 de octubre de 1966, dispongo:

Artículo primero.- Se concede indulto total de las sanciones pendientes de cumplimiento derivadas de la legislación especial de responsabilidades políticas, cualquiera que fuese su clase y autoridad o Tribunal que las hubiere impuesto.

Artículo segundo.- Por la Comisión Liquidadora de Responsabilidades Políticas se procederá a la ejecución de este indulto durante un plazo que finalizará el 31 de diciembre de 1966... *(La lectura queda oscurecida por el siguiente diálogo.)*

MADRE.- *(Sobre las primeras palabras.)* ¡No, don Rufino. No!

PAULA.- ¡¡¡Madre!!! *(Al leerse el artículo segundo.)* Era verdad.

DIEGO.- *(Sin dejar de oír.)* No, no, no, no...

PAULA.- Era verdad, Diego. Es verdad. *(Diego sigue diciendo que no. Ella lo sacude. Golpean al transistor, que enmudece.)* Tienes que ir ahora mismo. Presentarte. En el Ayuntamiento. Donde sea. En el cuartel de los guardias, mejor.

DIEGO.- Es una trampa. Lo dicen para que salga, para freírme a tiros allá arriba. Me estarán acechando, con los fusiles a la cara...

PAULA.- Tienes que salir, Diego. Es lo que tú esperabas. Se ha cumplido.

DIEGO.- Me has denunciado tú. Es una trampa.

PAULA.- Te juro que no, Diego.

DIEGO.- No voy, no voy, no voy.

PAULA.- Mira, Diego, que tú te estás sugestionando y eso es malísimo para los individuos. *(El niega)* Iré yo y lo diré.

DIEGO.- Te mato si lo haces, Paula. De verdad que te mato.

MADRE.- Mátales, Dionisio. Tú eres el más fuerte. Me crujen las costillas cuando me abrazas.

PAULA.- Diego, escúchame. *(El se arrincona.)* Ven aquí y escúchame. Arriba está el sol, la luz. ¿No te acuerdas?

DIEGO.- Arriba están los otros. Si no sabemos nada, ¿por qué va a ser arriba adonde esté la luz? ¿Por qué no va a ser ésta toda la luz? A esta luz estoy hecho. No salgo. ¿No comprendes? Lo de arriba puede existir o no, ser verdadero o no. Lo que sí es verdadero es lo nuestro de abajo

PAULA.- Yo lo sé. Yo lo he visto. Arriba están la yerba, los gorriones, el huevo hilado...

DIEGO.- Tú me lo has dicho: tiene que ser así, es la ley; si yo salgo de un agujero, otro se tiene que meter en él. Yo estoy acostumbrado. No salgo, Paula *(Se sienta.)* ¿No éramos los dos nuestro destino: tú el mío y yo el tuyo? ¿Por que vamos a tener que buscar otro fuera?

PAULA.- Tienes que comportarte como un hombre.

DIEGO.- ¿Es que los de arriba van a exigirme ahora que me comporte como un hombre? Durante demasiado tiempo no me han dejado serlo. Se me ha olvidado ya.

PAULA.- Acuérdate del reproche que te hacían tus hijos. Ahora puedes darles tu nombre. Que se llamen igual que tú. Sal y dáselo.

DIEGO.- Se han ido. Se fueron. No están. No volverán. No se enterarán nunca.

PAULA.- No Importa. Lo sabrás tú. Eso es bastante.

DIEGO.- No. ¿Qué interés pueden tener ellos por llamarse Ramírez allí en el extranjero? Ya les da igual: eligieron. Yo también he elegido. Antes era a la fuerza, pero ahora he elegido

PAULA.- *(Después de un instante)* Está bien. No tengo otra salida que decírtelo. Si no quieres hacerlo por Agustín ni por Damián ni por Manuel, hazlo por otro más. Voy a tener otro hijo. Otro hijo tuyo.

DIEGO.- ¿Tú?.

PAULA.- Sí, yo, ¿qué pasa? Estoy de muchos meses.

DIEGO.- *(Mirándola.)* ¿De cuántos?.

PAULA.- De casi todos.

DIEGO.- Júralo por tu padre.

PAULA.- Lo juro.

DIEGO.- Por tu padre.

PAULA.- Por mi padre.

DIEGO.- Dilo todo junto.

PAULA.- Te lo juro por mi padre. Dale a éste, por lo menos, tu apellido.

DIEGO.- Un hijo... que va a nacer al sol.

PAULA.- Al sol y a las estrellas, Diego.

DIEGO.- *(Que comienza casi a saltar de gozo.)* Delante de los pájaros. Debajo de los árboles. Y yo podré defenderlo de todos, pegarle un cornalón a quien lo insulte, ciscarme en la madre de quien le toque un pelo de la ropa... Le enseñaré a subir a las ramas más altas... *(Paula sonríe.)* Está bien. Ya sé que tendré yo que aprender primero...A coger nidos con mucho cuidado. A atravesar las calles mirando primero a un lado y luego a otro.

PAULA.- Primero a la izquierda y luego a la derecha.

DIEGO.- *(Que se va separando de ella.)* Ya lo sé. Le compraré un caballo.

PAULA.- *(Que va midiendo el efecto de su mentira y lo sigue)* ¿De cartón?.

DIEGO.- ¡Estúpida! ¡De carne!.

PAULA.- ¿Y mi sombrero rosa?.

DIEGO.- Tu sombrero, después.

PAULA.- ¿Y las gambas con gabardina?.

DIEGO.- Después.

PAULA.- ¿Después de qué?

DIEGO.- No sé. Pero después. No digas tonterías.

PAULA.- ¿Vas a quererlo más que a mí?.

DIEGO.- Sí. Por ti no hubiera hecho lo que hago por él. Por ti, me hubiera quedado contigo. Por él, voy en busca de mí. Quiero ser yo otra vez, resucitar. Diego Ramírez... También le enseñaré a beber un vaso de buen vino por las tardes. Y a jugar al mus, que no es tan fácil.

PAULA.- A mí no me enseñaste. *(Con rencor)* Te juro que hay noches en que me pregunto si hemos tenido alguna vez un hijo.

DIEGO.- ¿Y qué te contestas?.

PAULA.- Nada. *(Acobardada.)*

DIEGO.- Haces muy bien. Me voy.

PAULA.- Aféitate antes. Das asco así. Van a creer que eres un bandolero de la sierra.

DIEGO.- No tengo tiempo. *(Descorre los ganchos de la trampilla.)*

PAULA.- Todavía no. Dime ese verso que me dijiste un día. El de la mona que se subía a un árbol, no sé a cuál...

DIEGO.- Lo olvidé.

PAULA.- Llévate el fusil Diego. El que trajiste. Que tú no tienes licencia de armas. No vaya a ser que el demonio enrede las cosas.. *(Se lo alcanza)* Pero tienes que limpiarlo un poquito. Yo te traigo el aceite. O vinagre. ¿Qué es lo que quieres? O sal, lo que me pidas. Porque está impresentable. Y tienes que causarles muy buena impresión... Tú no sabes

cómo son los de arriba. Yo, sí... *(Intenta retenerlo. El se le escapa. Lo que sigue se dirá camino de arriba y mientras él sale.)* Hemos sido tan felices aquí, Diego. Tienes razón: ¿para que intentar otras cosas? ¿Quién te ha dicho a ti que aquello va a ser mejor? Déjame que te lave esa camisa. Está llena de mugre. ¿Qué pensarán de mí?... Diego, contéstame siquiera a una pregunta: ¿eres casado?... Diego, tú no los conoces. Déjame, por lo menos, acompañarte... Diego, tú no entiendes su lengua... *(Reacción final)* Ya empiezas a no necesitarme, ¿verdad? Como un niño que ya ha aprendido a andar. ¡Egoísta! Ponte bien esos pelos... Arriba, tú vas a ser distinto. Yo voy a ser distinta. Y los dos, distintos, nos vamos a volver a enamorar. *(Carcajada de la Madre.)* Dime que sí, Diego. *(Ha salido.)* Ten cuidado con esas vías. El pueblo queda lejos, a la derecha siempre... Di que sí, Diego. Aunque sea con la cabeza, pero dilo. *(Desolada, baja.)* ¡Ahora que íbamos a bailar! *(Al transistor.)* ¡Maldito seas! *(Carcajada de la Madre. Paula tira el transistor.)* Es a él a quien voy a dar a luz. Él es mi verdadero hijo. Pero cuánto dolor... ¿Por qué no chilla usted ahora, que es cuando más falta hace? *(Risa.)* ¿Por qué no me dice usted aquello de que una niña con pecas no puede hacer pucheros? *(Silencio.)* ¡Madre, madre!

MADRE.- ¿Quién te lo ha dicho?.

PAULA.- ¿El qué?.

MADRE.- Que soy tu madre. Es de noche, ¿no?.

PAULA.- Amanecerá.

MADRE.- Uno se fue a tomar el sol hace treinta años. Todavía lo estará esperando su mujer. *(Risa)* Siempre es de noche.

PAULA.- Lo he engañado. No voy a tener ningún hijo... No voy a tener nada... El me mordisqueaba los bordes de los pies, ¡auj, auj, auj!, lo mismo que un cachorro...

MADRE.- Desde pequeñita me quedé algo resentida de este pie. Y en el andar de Padres Carmelitas disimular que soy una cojita, y si lo soy, lo disimulo bien. .

PAULA.- Le lamía el vello del pecho. Como una vaca a su becerro. Ya no volverá más.

MADRE.- He dicho que es de noche.

PAULA.- Sí. Páseme usted la mano por el pelo. *(Gesto de apartarla.)* Un poquito, por Dios. ¿Que trabajo le cuesta? Sea usted quien sea.

MADRE.- «Su marido ya está muerto.

Nunca, nunca volverá.»

La condesa, que lo supo,

no cesaba de llorar. *(Diego aparece arriba. Paula lo oye y corre a buscarlo y lo acompaña abajo.)*

PAULA.- ¿Estás aquí? ¿Estás aquí? ¿Eres tú?.

DIEGO.- No.

PAULA.- Ha vuelto, madre. Tome usted condesa. Ha vuelto por mí.

DIEGO.- No. El sol no me dejaba ver. Hay demasiado sol afuera. Hubiera necesitado algún trapo negro... No podía andar. Me he caído tres veces.

PAULA.- ¿Tres?.

DIEGO.- Sí.

PAULA.- ¿Y no te has presentado?.

DIEGO.- No. Lo de arriba no es feo. Ni bonito. Da igual. No les importo. No me ha mirado nadie. Ni siquiera para descerrajarme un tiro y acabarme me han mirado. No hay nadie. Nadie...

PAULA.- Estás aquí. Has vuelto. No quiero saber más. Voy a prepararte tu vino y tu pan. Siéntate. Estás cansado. Tú no estás hecho a tanto trote. Yo te cuidaré. Yo te mulliré la cama. Yo te lavaré todos los días el cabezal de tu almohada. Yo te pondré mi nuca debajo de tu pie para que me la pises. Madre, ha vuelto por mí...

DIEGO.- Te he aborrecido siempre.

PAULA.- No importa. Lo que tú pienses no me importa. Bébete el vino. Toma: tabaco. Y música y pan bendito. Lo que pidas. Quédate. Nunca volveré a encontrar a nadie como tú.

DIEGO.- A nadie que dependa tanto de ti, ¿verdad? Eso quieres decir. A nadie que te necesite más. A nadie de quien tú puedas ser la sed y el vaso de agua. ¿No es eso?.

PAULA.- Eso es. O no es eso, quizá. Pero quédate. *(Diego le arroja el vino a la cara. Sin limpiarse, Paula vuelve a llenar el vaso.)* Tíramelo otra vez. *(El se lo bebe.)* ¿Me quieres?.

DIEGO.- Las piedras cortan arriba.

PAULA.- ¿Me quieres?.

DIEGO.- Hay unos pocos árboles, pero muy lejos.

PAULA.- ¿Me quieres?.

DIEGO.- Creí que iba a encontrarme con los gorriones nada más salir.

PAULA.- ¿Me quieres? Dí.

DIEGO.- Me he hecho un desollón en la rodilla.

PAULA.- Será el segundo que te curo. Te lo curaré con la lengua. ¿Me quieres?

DIEGO.- Eres lo único que tengo.

PAULA.- Por eso me has aborrecido. Te hubieran podido matar arriba, como a un tordo, antes de que te entregaras. O después, sin consentirte dar explicaciones. Como a un alacrán debajo de la piedra donde vive. La sangre, arriba, con el sol se seca pronto... Yo soy lo único que tienes, ¿a que sí?

DIEGO.- Sí.

PAULA.- *(Irguiéndose, cambiada.)* Pues vete entonces. Ve a presentarte arriba.

DIEGO.- ¡No!.

PAULA.- Lo que ibas a hacer por un hijo, hazlo por mí. Ya no podemos seguir viviendo en este sitio. Hemos dicho demasiadas cosas: la verdad. No sería posible volver a empezar. No sería posible olvidarlo todo. Cuando tú te acercaras, yo te vería como ahora, diciendo lo que has dicho. Es necesario cambiar de madriguera. Vete. Aprovecha tu oportunidad.

DIEGO.- ¡No!.

PAULA.- ¡Ve! Te presentas y vuelves por mí. Porque me quieras, no porque me necesites.

DIEGO.- He vuelto. ¿No tienes ya bastante?.

PAULA.- No. Ya no. Poco a poco vamos queriendo más, según nos lo van dando. Ponte de pie. Toma el fusil.

DIEGO.- *(Sin querer cogerlo.)* No. Eso, no. Eso sí que no.

PAULA.- Toma el fusil. O voy yo arriba y te denuncio. Diré que acabas de llegar. Soy amiga del guarda. Muy amiga. A ti no te creerán. Yo conozco a los inspectores. Tú ni siquiera existes. Vete.

DIEGO.- Déjame rezar.

PAULA.- Reza deprisa.

DIEGO.- *(Arrodillado, nerviosísimo.)* Dos por dos, cuatro. Dos por tres, seis. Dos por cuatro, ocho. Dos por cinco, diez...

PAULA.- ¿Dónde has aprendido esa oración?.

DIEGO.- En la cartilla.

PAULA.- Es muy rara. Pero Dios la entenderá. Es su oficio. Levántate. Ya es hora.

DIEGO.- *(Mientras ella va diciendo que no con la cabeza.)* Déjame limpiar el fusil. Déjame afeitarme. Déjame mudarme de camisa... Yo te quiero.

PAULA.- Para decir «Yo te quiero», tienes que decir primero «Yo».

DIEGO.- Yo.

PAULA.- Así, no.

DIEGO.- *(En muchos tonos.)* Yo, yo, yo, yo...

PAULA.- No. Tienes que decirlo arriba, no aquí. Tienen que dejártelo decir primero los de arriba.

DIEGO.- Acompáñame tú.

PAULA.- No. A esos lugares tiene que ir uno solo. Yo estaba equivocada. Se acabaron los cómplices. Tengo que recoger. Tengo que limpiar. Tengo que peinarme. Tengo que beberme «un vaso de buen vino», ¿verdad, madre? *(Risa de La Madre.)* No puedo. *(Diego avanza, casi empujado por Paula. Sube los primeros peldaños.)* Esta es nuestra manera de querernos. No la hemos elegido y no tenemos otra. *(Le da un último impulso. Diego tropieza. Pisa la correa del fusil. Un disparo. Se lleva la mano al pecho. Mira en silencio a Paula y cae muerto, con medio cuerpo arriba y medio abajo)* ¿Por qué? ¿Por qué?. ¿Por qué? *(Sacude enloquecida el cadáver de Diego)* ¿Y nuestros veintisiete años? ¡Dilo! ¡Dilo!.

TOMÁS.- *(Que aparece apresuradamente arriba)* ¿Qué ha sucedido, Paula? ¿Quién es ese hombre?.

PAULA.- ¡Nadie! ¡Este hombre no es nadie! ¡Nadie! ¡No vuelvas más! *(Arrastra el cadáver de Diego hacia abajo. Cierra el doble gancho de la trampilla. Tomás se va retirando lentamente).*

MADRE.- Ciérrale bien los ojos.

PAULA.- *(En un alarido)* ¡No! ¡No! ¡No!.

MADRE.- *(Sobre ella, tapando sus gritos)* Antón, Antón, Antón Perulero. Cada cual, cada cual que atienda a su juego. Y el que no lo atienda pagará una prenda. Antón, Antón, Antón Perulero.

(Va cayendo el telón, lento e indiferente)

FINAL